

Santa María de Arantzazu
Patrona de Gipuzkoa

Por
Fr. LUIS VILLASANTE, O.F.M.

INDICE

	Página
Capítulo I El Sitio	5
" II Antes de la aparición de la Virgen	9
" III La aparición	13
" IV Rodrigo de Balzátegui	21
" V Los orígenes del Santuario	23
" VI La calzada y los accesos al Santuario	25
" VII Los tres incendios de Arantzazu	29
" VIII La Restauración	35
" IX La Coronación canónica	39
" X El Patronato sobre Gipuzkoa	41
" XI El P. Adrián de Lizarralde	43
" XII La nueva Basílica	45
" XIII Estado actual	49
" XIV Las Peregrinaciones	53
" XV La Benedicta	59
" XVI Predicadores de Arantzazu contra la brujería	61
" XVII Peregrinos y devotos insignes	63
" XVIII Cuna de hombres ilustres	67
" XIX Ilustre y Nobilísima Cofradía de Nobles de Ntra. Señora de Arantzazu	71
" XX Extensión de la devoción a la Virgen de Arantzazu	73
" XXI La Virgen de Arantzazu en la Literatura	77
Nota Bibliográfica	83

Capítulo I

EL SITIO

El Santuario de la Patrona de Gipuzkoa se halla situado en los últimos repliegues montañosos que separan a esta provincia de la de Alava. Es decir, en el extremo meridional de la provincia, a 84,200 kilómetros de la capital, y dentro del término municipal de la villa de Oñati, de la que dista 9 kms. El lugar es impresionante por los macizos rocosos que lo rodean, por los profundos barrancos y desfiladeros, y por la vegetación frondosa y tupida que pulula por doquier, revistiendo y recubriendo las mismas rocas. Está a 714 metros de altitud sobre el nivel del mar.

A fin de que el lector se forme una idea aproximada de la loca orografía de Arantzazu, haremos una somera descripción que en ningún caso puede suplir la impresión de la realidad. Por el sur corta el horizonte la ondulante línea de montes de la sierra de Elguea o de Arantzazu, en cuyas cumbres se dan la mano las dos provincias hermanas de Gipuzkoa y Alava. Por el norte y nordeste se extienden los macizos montañosos del Aloña y Aizkorri con la serie de cumbres intermedias. Entre estas dos sierras (la de Elguea-Arantzazu y la de Aizkorri-Aloña) imagínese el lector una profunda hondonada o barranco intermedio, el cual tampoco está vacío, pues por la parte sur se eleva una caprichosísima crestería caliza recortada en diversos lugares por efecto de la erosión geológica dando origen a cumbres de pequeña altitud, pero que dominan el Santuario: tales son las peñas de Aitzabal (llamada también del Diablo), la de Beillotsa (ésta es la que está frente al Santuario), Beillostegui y Gazteluaitz (o Peña del Castillo, porque su forma semeja efectivamente un castillo). Por lo profundo de la barranca que separa a estas peñas de la falda del Aloña discurre el río Arantzazu que nace a pocos kilómetros en uno de los montes de la sierra de Elguea-Arantzazu, que se llama precisamente Uburu (= principio del agua, o sea, nacimiento). Este río, que en trechos es subterráneo, desemboca en el río Deva antes de llegar a Vergara, en el punto denominado San Prudencio Elorregi.

El Santuario está situado en la falda del Aloña, literalmente colocado al borde del barranco, en un lugar más bien bajo y angosto, dominado completamente por los roqueros antes citados. El historiador Garibay llama “despeñadero profundo” al lugar donde está emplazado el Santuario, y en efecto, las moles montañosas que le dominan, lo ocultan y le quitan visibilidad. Una cinta de carretera que va arañando la falda del Aloña, une a Arantzazu con Oñati. La ruta es de un alto valor turístico y emotivo. A la derecha del viajero se ofrecen casi constantemente desfiladeros, barrancos e imponentes quebradas, junto con la más exuberante vegetación.

Arantzazu es también punto de partida de ascensiones montañosas. A unos 4 kilómetros del Santuario, monte arriba, en dirección este, se halla la dólida meseta de Urbía (1.090 ms. de altitud), cuajada de rebaños en verano, estación prehistórica con dólmenes que en 1918 fueron explorados por Aranzadi, Barandiarán y Eguren. Desde Urbía es fácil el acceso al Aizkorri, la cumbre más alta de las Vascongadas (1.544 ms.).

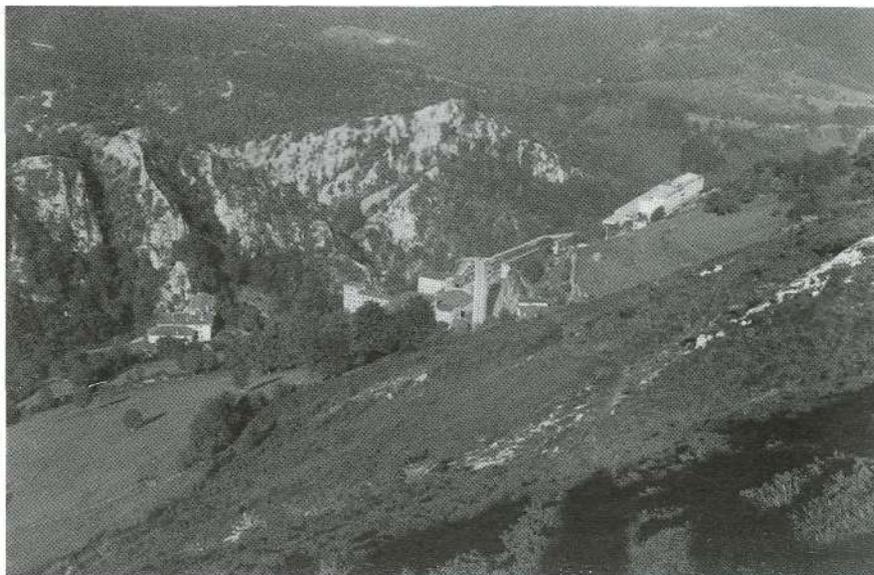
Si de Urbía nos dirigimos en dirección sudeste, tenemos, después de atravesar bosques cerrados, el histórico túnel natural de San Adrián por donde entra en Gipuzkoa la calzada que viniendo del pueblo alavés de Araya, pasa a Cegama y sigue luego a Beasain. De Urbía en dirección sudoeste, y sin apenas necesidad de subir más, hallamos el monte denominado Malkorra, en terreno de Alava (1.245 ms.). Dicha cumbre constituye un hermoso balcón asomado sobre la llanada alavesa. De Urbía en dirección nordeste tenemos los macizos de Artzanburu (1.365 ms) y Arriurdin, el puerto de Katabera, y al fondo la sierra de Aloña, cuya cumbre principal, Gorgomendi (1.238 ms.) ofrece una deliciosa vista del valle de Oñati.

Para los que no se sienten con arrestos para excursiones tan largas, Arantzazu ofrece el pintoresco valle de Iturrigorri, con sus campos. La falda del Aloña tiene también múltiples lugares de fácil acceso y de singular amenidad, tales como Lizarza, Belar, Unamendi, Duru y Mailla.

El P. Ventura Echeverría, que escribía hacia 1800, dice de Arantzazu: “Criarse lobos, zorras, ardillas, jabalíes y corzos: alguna rara vez se dejan ver fieras y sin duda vienen de la espesura de los Pirineos”. Hoy, a decir verdad, apenas si puede hablarse de más alimañas que las zorras, martas y algún que otro jabalí que hace su aparición en época de grandes nevadas.

El manto vegetal está constituido principalmente por los bosques de hayas y por los prados. Estos últimos años el pino, sobre todo el alerce, ha sustituido en grandes zonas al haya. Los principales reductos de ese hermoso árbol con su hoja de verde intenso, se encuentran en la región de Iturrigorri y falda de Urbía. No faltan tampoco zonas pobladas de robles, de quejigos, etc., o ejempla-

res más o menos numerosos de otras especies: tilos, abedules, tejos, arces, enebros, etc. También el avellano silvestre se da bien sobre terrenos pedregosos.



“El Santuario está situado en la falda del Aloña, colocado al borde del barranco”.

Mención especial merece el espino, muy abundante en la región y célebre por haber sido hallada sobre él la imagen de la Virgen y por haber dado su nombre al lugar. Es cosa sabida que se distinguen dos clases de espino: el blanco y el negro (este último es más bien el endrino). En vasco, como nombre genérico para designar a todos ellos se emplea la voz “arantza”, cuya presencia en el nombre de Arantzazu es evidente. El espino blanco recibe el nombre más particular de “elorri”. Sobre ese espino fue hallada la imagen de la Virgen por el pastor Rodrigo de Balzátegui. A favor de la humedad que es generalmente abundante, toda suerte de follaje, brezo, argoma, musgos y matorrales proliferan ferazmente. Muchas veces maravilla el ver cómo se las apañan las mismas hayas para crecer y desarrollarse entre riscos.

La sierra de Aloña y Aizkorri, lo mismo que las peñas que cortan por el sur el horizonte de Arantzazu, son de formación caliza, mientras que la sierra que sirve de límite con Alava es de piedra arenisca.

Hay relativa abundancia de aves en la región de Arantzazu, si bien los ancianos del lugar afirman que antiguamente esta abundancia era incompara-

blemente mayor. El tordo, el malvís y otra variedad de éste, que en vasco llaman “gaaztarro”, son las principales aves canoras. En las oquedades de los peñascos y del barranco inmediato al Santuario poseen sus jaulas naturales donde resuenan vibrantemente sus cantos en los amaneceres y atardeceres de la primavera. En la cumbres de la sierra de Elguea, divisorias de Gipuzkoa y Alava y divisorias también entre la vertiente cantábrica y la mediterránea, abunda particularmente la alondra.

Las tonalidades del bosque adquieren un encanto particular en las dos estaciones de transición: primavera y otoño. En primavera con la salida de la hoja, cuando los yertos muñones de los árboles se cubren de pronto de un verde lechuga claro. Es un dicho de los labradores del contorno: “Apirilaren azkenean, orria haitz gaiñean” (= para fines de abril llega la hoja hasta lo alto de la peña). En efecto, para esa fecha normalmente terminan de cubrirse de hoja los árboles tanto de la falda de Urbia como de los montes de Artia. En esta fecha es también cuando Arantzazu conoce anualmente el simpático espectáculo de los grandes rebaños de ovejas que con sus cencerros, y acompañados de los pastores y de los perros guardianes, suben de Oñati, procedentes de Vizcaya (donde han invernado) y se dirigen a las praderas de Urbia para pasar allí todo el verano hasta finales de octubre. En otoño, al marchitarse la hoja, es aún más rica en variedad de tonos la coloración del paisaje, siendo la nota dominante el color oro rojizo, de tinte un tanto melancólico, prenuncio de la caída de la hoja y de la muerte invernal.

El invierno en Arantzazu es particularmente riguroso, largo, húmedo y frío. Abundan las nieblas, las lluvias y aun las nieves. Pero en cambio las heladas son tal vez menos frecuentes que en lugares más bajos. Y no es raro el fenómeno de que en Arantzazu se goce de cielo soleado y espléndido mientras el valle de Oñati y la llanada de Alava están cubiertos de niebla espesa. En ciertas noches oscuras y nubosas es perfectamente apreciable en el cielo, hacia el oeste del Santuario, el resplandor de las luces de la ciudad de Vitoria, que es la capital más próxima de Arantzazu en línea recta.

* * *

Capítulo II

ANTES DE LA APARICION DE LA VIRGEN

Pero por un momento vamos a olvidarnos de todo lo presente y transportarnos a la época anterior a la manifestación de la Virgen de Arantzazu. ¿Qué era entonces este lugar? La Historia manuscrita de Arantzazu más antigua (escrita en 1648 y atribuida al P. Gaspar de Gamarra) tiene cierto interés en subrayar que la Virgen se apareció en un “puesto” que no había sido jamás hollado por plantas humanas, en un desierto inhóspito y fragoso. No vamos a tomar su aseveración demasiado a la letra. Es claro, desde luego, que Arantzazu era, anteriormente a la epifanía de la Virgen, un desierto inhóspito y solitario. El barrio de labradores que tiene sus caseríos dispersos por el contorno es relativamente reciente y posterior con mucho a los comienzos del Santuario mariano. Pero no vamos a pretender que el lugar fuera totalmente inaccesible ni desconocido. Los bosques frondosos que la villa de Oñati poseía en estos montes eran explotados sin duda para alimentar las ferrerías. Las praderas de Urbía servían también entonces para pasto de los rebaños del Goierri guipuzcoano. La llamada calzada de Calahorra, que era una de las vías principales que unía a Guipúzcoa con Alava y con Castilla, pasaba a pocos kilómetros de Arantzazu, por el lugar denominado Arricruz, donde ya en el siglo XV existía casa o venta para atención de los que hacían el viaje por dicho camino. Desde Arricruz, en dirección a Alava, la calzada sube al monte de San Juan de Artía, donde existió ermita dedicada a San Juan y una venta o caballeriza para los arrieros que iban o venían. A un par de kilómetros de San Juan de Artía está el puerto de Katilluiturri y la calzada entra en Alava descendiendo a Axpuru y pasando junto al antiguo monasterio de monjas Bernardas de Barría, hoy transformado en alberguè. El nombre de calzada de Calahorra le viene a este camino de la sede diocesana, pues, como es sabido, esta zona de Gipuzkoa, junto con Vizcaya y Alava, pertenecieron hasta muy entrado el siglo pasado a la diócesis de Calahorra. Los viejos pobladores de los caseríos de Arricruz decían haber oído a sus mayores que antiguamente se proveían a la vera de casa de todo cuanto habían menester, ya que los trajinantes pasaban por allí toda suerte de mercaderías; e incluso

añadían el detalle curioso de que los seminaristas ordenandos solían hacer el viaje montados en mulas cuando iban a Calahorra para ordenarse.

El núcleo de población más cercano al lugar de Arantzazu era el barrio de Uríbarri (= pueblo nuevo; lo que parece indicar que aun él es tardío con relación a otras zonas de Oñati). Este barrio es el que se atraviesa al subir por carretera de Oñati a Arantzazu. Del caserío Balzategui (= ¿la casa del Negro?) de este barrio, era Rodrigo, el pastor que halló la imagen de la Virgen.

Tanto la sierra de Aloña como el monte de San Juan de Artía estaban reservados, en fechas anteriores a la aparición de la Virgen y aun mucho después, a lugar de pasto para el ganado. No se debe olvidar que el pastoreo representaba un papel importante en la economía de los oñatiarras de entonces; si en el valle o partes bajas del pueblo la agricultura era preponderante, no así en las zonas altas, donde el pastoreo era de interés primordial. Algunos nombres topónimos, como *Duru*, en la región de Aloña, y bastante cercano a Arantzazu, aparecen citados en escrituras de Oñati muy anteriores a la aparición de la Virgen.

Los barrios de Araoz y de Urréjola, que cuentan con iglesia parroquial propia, son también lugares próximos y muy anteriores por supuesto a los sucesos que dieron principio al Santuario. Uno de los textos vascos más antiguos es el cantar de la batalla de Urréjola, que tuvo lugar entre 1388 y 1401. El alto de Urréjola es el confín en que limita Oñati con el valle de Léniz. Allí se riñó esta batalla entre lenizanos y oñatiarras, quedando éstos victoriosos, no sin gran mortandad por ambas partes. El cantar, según la lectura propuesta por Michelena, dice:

“Gaiza zenduan leintzarrok Urruxolako lekaioa,
sendo zenduan odol ori biurtu yatzu gatzatua”.

(Mal os resultó, lenizanos, el grito de Urréjola. Esa sangre que la teníais tan arrogante, se os ha convertido en cuajada).

Cercana a Araoz se encuentra la cueva de Sandailia con su ermita, en que se venera a un santo que actualmente es S. Elías, profeta del Antiguo Testamento, pero se abrigan serias dudas sobre el santo o santa venerado allí antiguamente. El P. Omaecheverría cree que debió ser Santa Julia. Sea de esto lo que fuere, existe una antiquísima cofradía que hace sus cultos en la ermita el domingo intermedio entre S. Juan y S. Pedro con la particularidad de que la comida se hacía en la misma cueva —hoy la traen hecha—. El P. Lizarralde cree que se trata de algún gremio o cofradía ancestral, anterior tal vez a la cristianización. Abundan en la zona relatos legendarios en torno a Sandailia. Y en las hojas de “Eusko-Folklore” hay constancia de prácticas y tradiciones relacio-

nadas con esta ermita, que han subsistido casi hasta hoy. Sandailia ha sido lugar de peregrinación de mujeres estériles. Otro de los cantares arcaicos del euskera se refiere precisamente a esta cueva de Sandailia. Es un cantar que alude a sucesos del siglo XV. Uno de sus versos dice así:

“Sandailiak atean ditu zirarrez,
Nola zirarrez da ala zendalez”.

(La cueva de Sandailia tiene las puertas de plata; así de plata como de cendal).

* * *

Capítulo III

LA APARICION

Al querer historiar el principio de Arantzazu se hace obligado ceder la palabra al gran historiador mondragonés Esteban de Garibay y Zamalloa, que en su monumental historia de todos los reinos que integraban la monarquía española consagró un capítulo entero al origen de este Santuario. El "Compendio Historial" de Garibay se imprimió en Amberes en 1571. Consta de 40 libros. El capítulo 25 del libro XVII es el dedicado a Arantzazu. Aquí se encuentra el relato más antiguo que poseemos acerca de la aparición, escrito a cien años de distancia de los hechos, pero después de haber conocido a testigos oculares y de haberse informado concienzudamente, según afirma repetidamente el mismo Garibay.

A primera vista puede parecer chocante que en una historia general de España se conceda tanta importancia al hecho de Arantzazu; pero hay que tener en cuenta que la villa de Mondragón de la que él era natural, y la de Oñati, de la que descendía, estuvieron desde el principio estrechamente vinculadas al Santuario y entre las dos abrieron el primer camino o calzada que conduce a él. Además el historiador tuvo un hijo que fue religioso en el convento de Arantzazu, y él mismo profesó acendrada devoción a esta Virgen, como lo demostró viniendo aquí a dar gracias al regresar de su viaje a Amberes.

Garibay, pues, al historiar el reinado de Enrique IV de Castilla, informa lo que sigue:

"En estos tiempos de tanta calamidad y miseria, la virgen María, madre de Dios, y Señora nuestra, tuvo por bien de visitar a la región de Cantabria con una sancta y devota ymagen suya, que por divina providencia apareció en un profundo y inhabitable yermo del término de la villa de Oñati, en las faldas de la grande montaña, llamada Aloya, que passó d'esta manera, según tengo relación cierta de un viejo de ciento y siete años, que al tiempo que la sancta yma-

gen se halló, era moço de diez años, y de otros de a noventa y más años. En este año de mil y quatrocientos y sesenta y nueve, uno más o menos, un moço que guardava ganado, llamado Rodrigo de Balçategui, hijo de la casa de Balçategui, de la vezindad de Uribarri, jurisdicción de la dicha villa de Oñati guardando las cabras de su casa en las faldas de la dicha montaña de Aloya, un día Sábado, que es dedicado a la virgen María, descendió por sus vertientes abaxo, guayado por la mano de Dios, a lo que piadosamente se deve creer. Cuya imensa magestad siendo servido, que dende en adelante, fuese en aquel desierto perpetuamente loado y ensalçado su nombre, y el de la Reyna de los Angeles, madre suya, y protectora nuestra, siendo de los fieles Christianos de diversas partes aquel lugar visitado y reverenciado; permitió, que a este moço pastor se le apareciesse en aquel profundo sobre una espina verde, una devota ymagen de la virgen María, de pequeña proporción con la figura de su hijo precioso en los braços, y una campana, a manera de grande cencerro al lado. Esto sucedería en tiempo de verano, pues a tal lugar, ageno de pastos de invierno, llevaba su ganado. D'este caso tan impensado, se admiró el pastor, y juzgándolo por cosa de Dios, rezó la *Ave María*, y otras oraciones que sabía, y luego con grande reverencia, cubriendo la Santa ymagen con ramas y otras cosas, que a mano pudo aver, ya que vino la noche, bolvió con el ganado a su casa. Donde refiriendo el caso, y siendo después avisada la villa y regimiento de Oñati, con la justicia concurrió mucha gente d'el clero y pueblo, guiándolos el pastor, y con harto trabajo, llegados al lugar, hallaron la santa ymagen, puesta en el espino verde. Entonces con grande hervor y devoción, hincándose todos de rodillas, dieron muchos loores y gracias al omnipotente Dios, y a la virgen y madre suya, porque con tan preciosa joya, y en semejante lugar puesta, que no carecía de grande misterio, los avía querido visitar d'el cielo”.

Uno se siente tentado a pensar si no habrá una buena parte de leyenda en este relato. Se repite tantas veces la consabida historia de Vírgenes aparecidas a pastores en tantos lugares y siempre dentro de una época más o menos determinada, que la cosa tiene visos de ser un cliché convencional. Pero fuerza es confesar que en este caso nos hallamos ante un Rodrigo de Balzategui que es personaje rigurosamente histórico, de casa y lugar conocido. Verdad es que según el mismo Garibay, existían también otras versiones de la aparición, según las cuales la imagen fue hallada por una pastora llamada María de Datuxtegui, de la misma vecindad de Uribarri, “y otros refieren otras cosas” (1); pero el concienzudo historiador, después de oportunas averiguaciones, da como única versión auténtica y verídica la arriba transcrita. Dice haber sido testificado de ello “por hombres muy viejos y ancianos y fidedignos”. Puntualizando aún más dice haber tratado, para informarse, con “un viejo de ciento y siete años, que al tiempo que la santa ymagen se halló, era moço de diez años” y con

(1) También hoy existe el caserío de Datuxtegui en el dicho barrio de Uribarri, si bien los actuales lo denominan Latuxtegui.

“otros de a noventa y más años”. Y más abajo vuelve a decir: “Este viejo de los ciento y siete años certificaba que él vio con sus ojos a la santa ymagen sobre el espino, recién hallado”.

Se habrá notado que lo que se llama aparición se reduce al hallazgo de una imagen por un pastor en circunstancias ciertamente misteriosas.

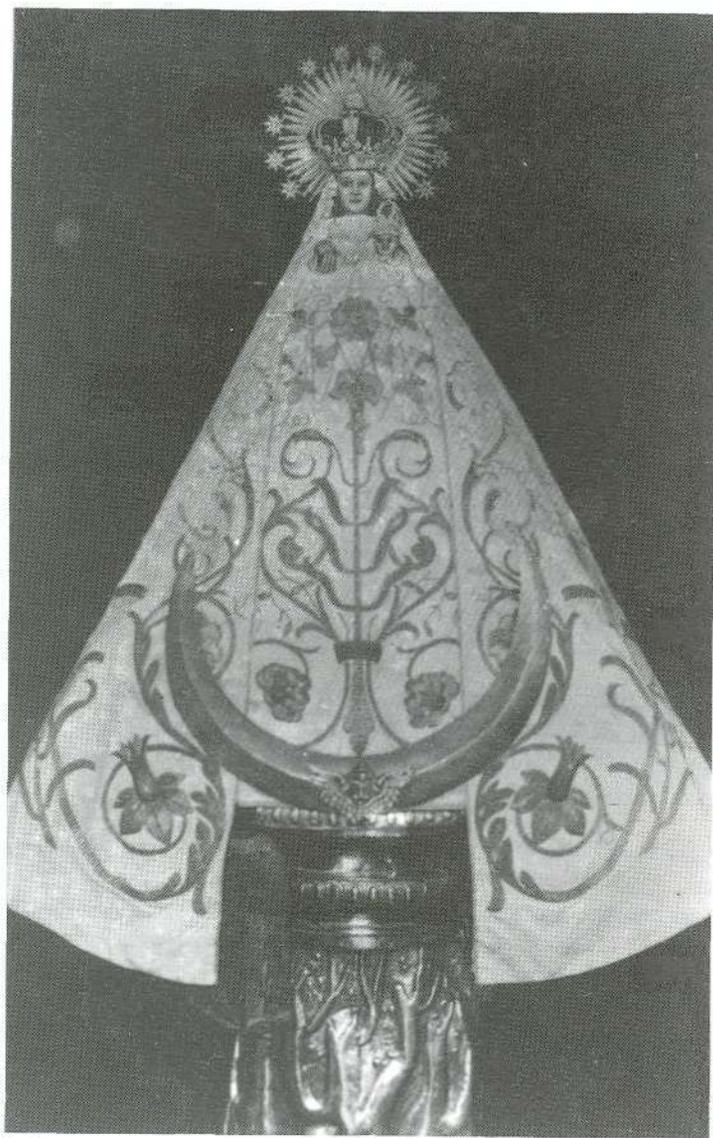
En puridad, la cosa debió de ser, pues, así: que un día de sábado se fue Rodrigo en busca de las cabras de su padre (2), y en los breñales donde más tarde se edificaría el convento, sobre un espino, halló la imagen de la Virgen con una campana a modo de cencerro grande, al lado. Huelga decir que la imagen hallada por Rodrigo es la mismísima que actualmente se venera y que se ha venerado siempre en el Santuario, salvándola de todos los incendios, exclaustaciones y demás vicisitudes que la casa ha padecido en el transcurso de los siglos. Trátase de una preciosa imagen gótica, que según los entendidos puede ser del siglo XIII o algo posterior. Representa a la Virgen sentada con atuendo y atributos de Reina, teniendo sobre su rodilla izquierda al Niño, desnudo. La imagen es sumamente pequeña, pues no mide más que 36 cms. de alto. La actitud un tanto hierática de la Madre está dulcificada por la perfección de sus formas humanas. El rostro del Niño, en cambio, no tiene nada de infantil; tal vez lo hiciera así el artista para expresar que se trata del Dios eterno. El P. Lizarralde conjetura que primitivamente no debió de estar el Niño desnudo; que alguna otra mano posterior y desconocida (pero anterior en todo caso al hallazgo de Rodrigo) lo puso así, obrando de acuerdo con la evolución del arte. Otro detalle singular de la imagen es la materia de que está hecha, pues es de piedra, y de una piedra que no se da por estos contornos, mientras que las otras imágenes antiguas del país son de madera.

Resumamos el pensamiento del P. Lizarralde sobre las Andra Maris y sobre ésta de Arantzazu en particular. El fue quien con tanto mimo y nostalgia contempló estas viejas efigies y trató de penetrar en el alma de las generaciones que las labraron y veneraron.

La Andra Mari —dice el P. Lizarralde— es un esquema dogmático de la divina Maternidad de María. Podemos imaginarnos la escena de la adoración de los Magos, suprimiendo a éstos; María es allí como el ostensorio de su Hijo. En la de Arantzazu se advierte la evolución hacia un concepto más humano; parece de un período intermedio entre el XIII y XIV. El ropaje y las manos prestan grandes recursos a estas iconos anatómicamente imperfectas. La de Arantzazu parece retocada en el mismo siglo XV poco antes de la aparición, según las influencias renacentistas, sin que se pueda descartar tampoco la hipótesis de

(2) Los pintores, bertsolaris y poetas posteriores han representado a Rodrigo como un idílico pastor de ovejas, pero los documentos más antiguos no hablan de ovejas, sino de cabras.

que sea del mismo siglo XV, esculpida al estilo arcaico de las tradicionales Andra Maris, pero con sugerencias del Renacimiento incipiente.



La imagen, con las vestiduras y adornos usados antiguamente en las solemnidades.

Durante varios siglos se ha venerado a la imagen recubierta de ampulosos mantos postizos que en realidad la ocultaban y desfiguraban su verdadera proporción y traza. Se ignora la fecha exacta en que se la vistió con tales mantos. Tal vez fue en el mismo siglo XVI. Ciertamente a partir de 1621 por lo menos se la ha presentado al público con ellos; hasta que el año de 1963, en la gran novena que precede a su festividad del 9 de septiembre, se la volvió a presentar en su traza auténtica. Fue el artista D. Lucio Muñoz, autor del retablo, el que hizo la nueva adaptación del camarín y dio la solución al difícil y delicado problema de la presentación de la imagen sin los mantos postizos con que la piedad popular la ha conocido por tanto tiempo.

La campana que fue hallada juntamente con la imagen, en los últimos siglos se la presenta junto a ella, pero antes no fue así. En los tiempos en que el P. Gamarra escribió su Historia (año 1648) se guardaba dicha campana en el claustro del convento.

El trozo de espino sobre el que está asentada la imagen, opina el P. Lizarralde que es el mismísimo espino de la aparición, aunque no existen pruebas que lo demuestren. En realidad está tan fresco y nuevo, que más parece haber sido cortado y traído del monte el año pasado.

¿Quién colocó la imagen de la Virgen sobre el espino y qué es lo que pretendía con ello? Vana pregunta, para la que no se halla respuesta. Se ha pensado que la imagen pudiera pertenecer a algún penitente que se hubiera retirado con ella a estas soledades, pero ello no pasa de ser una mera conjetura.

Se habrá podido observar que Garibay no hace mención de ciertos detalles o circunstancias que después se han sobreañadido al relato inicial de la celebridad de Arantzazu. Así, por ejemplo, las palabras que el pastor dirigió a la Virgen: “*Arantzazu?*” = ¿Vos en el espino?, que no son más que una etimología popular para explicar el nombre de Arantzazu. La Historia atribuida a Gamarra ha incorporado ya este detalle a su relato.

Tampoco dice nada Garibay sobre otro detalle que ha sido ampliamente cantado por la poesía popular vasca al narrar la aparición de la Virgen a Rodrigo, a saber, el detalle de que la campana tañía por sí sola (“*iñork beartu gabe soñu jotzen zuan*”).

Otro dato, que en los relatos populares se ha repetido mucho y que ciertamente es legendario, es que en un principio, en vista de lo abrupto del lugar, los vecinos de Oñati trasladaron la imagen a Guesalza (a 3 Kms. de Arantzazu en dirección a Oñati) por ser lugar más apropiado para edificar la ermita; pero de noche la imagen se volvió a su sitio preferido, repitiéndose esto varias veces, con lo que se persuadieron todos de que era voluntad de la Virgen el que se le construyese casa allí mismo donde había querido aparecerse. Gaspar de Ga-

marra se hace eco de esta opinión del traslado de la Virgen a Guesalza, pero la rechaza como carente de fundamento.

Otra circunstancia que está ausente del relato de Garibay y que se ha hecho como consustancial a la historia de la aparición de la Virgen de Arantzazu es la sequía que assolaba al país y que cesó cuando los de Oñati, ante la intimación de Rodrigo, subieron a venerar la imagen hallada por éste. El P. Gamarra incorpora ya esta circunstancia a su historia y señala la fuente de donde la toma: el escritor vitoriano Martín Alonso de Sarria y Avecia, autor de una obra manuscrita que el P. Gamarra manejó y utilizó para su libro.

Otro detalle del que tampoco dicen nada ni Garibay ni Gamarra y que sin embargo es considerado como esencial en la versión popular de la epifanía de la Virgen de Arantzazu es que ésta apaciguó los odios y guerras que ensangrentaban el país. Sabido es que la aparición de la Virgen de Arantzazu tuvo lugar precisamente cuando las luchas banderizas de oñacinos y gamboínos alcanzaban su período más álgido. Pero a poco, el fortalecimiento del poder real con los Reyes Católicos, y, en la provincia, el fortalecimiento de los municipios contra los parientes mayores, el descubrimiento de América con sus empresas de signo universalista, el renacimiento religioso que siguió al Concilio de Trento, etc., hicieron que el país, liquidados los últimos coletazos de una época turbia y revuelta, inaugurara la Edad Moderna bajo el venturoso augurio de la paz, de la prosperidad, del auténtico renacer religioso y de empresas de volumen mundial y planetario, tales como la Contrarreforma y la cristianización del Nuevo Mundo. La manifestación de la Virgen de Arantzazu pudo así ser tomada como el anuncio y el alborear de la nueva era. En este sentido la leyenda de Arantzazu resulta (como acontece muchas veces con las leyendas) la más verdadera y profunda interpretación de la Historia.

Unicamente Oñati, “el mayorazgo de Oñati”, conoció todavía una anacrónica supervivencia del régimen feudal de vasallaje a los condes de Guevara. Dice Gamarra que el obispo Mercado de Zuazola (el ilustre fundador de la Universidad de Oñati) quiso comprar la villa de Torquemada para ofrecerla a los condes de Guevara a cambio de Oñati y liberrar así a su pueblo natal. Pero lo cierto es que Oñati no sacudió el régimen de vasallaje al Conde ni pudo incorporarse a Gipuzkoa hasta entrado el siglo XIX (1).

El año de la aparición o hallazgo de la imagen nos ha dicho Garibay (y lo repiten todos tras de él) que fue el de 1469, “uno más o menos”. En cuanto al día y mes en que tuvo lugar el hallazgo, nada cierto se sabe. Garibay, como hemos

(1) Se equivocaría, con todo, el que creyera que los de Oñate no se creyeron guipuzcoanos antes de esta fecha. Aunque por una situación anómala y contra su voluntad estuvieron separados de la provincia, consideraban a su villa como parte natural de Guipuzcoa. Esto consta claramente de la Historia de Gamarra y de otros escritos de siglos pasados.

visto, presume que fue en tiempo de verano. Es un hecho que desde tiempo inmemorial los de Oñati acostumbran a venir en peregrinación el día de S. Bernabé, 11 de junio, sin que se sepa el motivo por el que se escogió este día. Se ha pensado que tal vez sea porque ese día sucedió el feliz hallazgo de Rodrigo; pero cierto no se sabe. Desde hace algunos años la peregrinación de S. Bernabé se ha trasladado al domingo inmediato al 11 de junio.

Y ¿qué decir del nombre de Arantzazu? ¿Es nombre toponímico, primitivo del lugar, o posterior y derivado del hecho de la aparición de la Virgen? Advirtamos, ante todo, que existen tres lugares, situados los tres dentro del área del dialecto vizcaíno, que llevan por nombre Aránzazu (Arantzazu). El primero es nuestro Santuario, el segundo es el conocido ayuntamiento del valle de Arratia y el tercero se halla en la localidad de Gordejuela. Parece, pues, claro que se trata de un topónimo que significa simplemente lugar abundante en espinos. Algunos han pensado que el nombre del Santuario se originó del hecho de que la Virgen se manifestó sobre un espino (en vasco **arantzea** o **arantza**), pero la presencia del sufijo abundancial **-zu** parece descartar esta hipótesis. En Ainhoa, en el país de Labort (Vasconia francesa) existe una capilla dedicada a nuestra Virgen, que lleva el nombre de **Arantzeko Ama Birjina** (Nuestra Señora del Espino).

Fundándose en el nombre toponímico de Azkartza (= lugar de arces), que los caseros del barrio dan a las proximidades del Santuario, se ha conjeturado también si éste sería el nombre primitivo del lugar. Pero ello es muy dudoso. Hay que advertir que la presencia de caseros o labradores en la zona de Arantzazu es muy reciente y muy posterior a la fundación del Santuario, y es muy posible que este nombre sea asimismo posterior y nuevo. Por otra parte, los caseros llaman Azkartza propiamente al lugar intermedio entre la capilla de la Coronación y el Santuario, pero no al lugar donde está emplazado éste, que no recibe otro nombre que el de Aránzazu, *Arantzazu*.

* * *

Capítulo IV

RODRIGO DE BALZATEGUI

Conviene que nos detengamos un momento a perfilar la figura histórica de Rodrigo de Balzátegui, ya que él es el mejor garante de la autenticidad de los hechos que dieron origen al Santuario. En efecto, la personalidad histórica de Rodrigo de Balzátegui está sólidamente atestiguada. En el barrio de Uríbarri se levanta aún hoy la casería de Balzátegui, de la que él fue hijo y después dueño.

El P. Lizarralde, investigando en los archivos de Oñati, ha hallado dos Rodrigos de Balzátegui, padre e hijo; aparecen ambos en el número de los que el año 1489 contribuyeron a la reedificación de la rúa nueva de Oñati, que se quemó ese año. El padre contribuye con 30 maravedís, el hijo con 2. El primero de dichos Rodrigos, o sea, el padre, muy bien puede ser el que halló a la Virgen. Por Garibay sabemos, en efecto, que con el tiempo Rodrigo vino a ser el dueño de la casería Balzátegui.

También Juan Carlos de Guerra testifica la existencia en Oñati, en el siglo XV, de dos Rodrigos de Balzátegui, padre e hijo; uno en 1439 y otro en 1489. Este nombre de Rodrigo no debía de ser tan raro en Oñati, pues vemos que el fundador de la Universidad se llama también así (Rodrigo Mercado de Zuazola).

El sacerdote oñatiarra D. José María Aguirrebaltétegui, que se consideraba a sí mismo como descendiente de Rodrigo, confeccionó el árbol genealógico de la familia de la casería de Balzátegui desde 1530 (1). Desde esta fecha al menos consta documentalmente la sucesión ininterrumpida de la familia en la dicha casa, por línea de varón. Con todo, es de advertir que en el siglo XVII hace

(1) Aguirrebaltétegui (José M^a), "Árbol genealógico de la casería Balzátegui Andia desde 1530 hasta la actualidad", en revista **Aránzazu** (1970), 16.

su aparición por primera vez el apellido doble Aguirre-Balzátegui, que, después de varias fluctuaciones, se consolida definitivamente. La razón del cambio o de la innovación parece obvia. Al multiplicarse los caseríos en la zona, el apelativo Balzátegui se convirtió en denominador común de todos ellos, con lo que se originó la necesidad de sobreañadir otro nombre para distinguirlos unos de otros. **Caserío Aguirrebalzátegui** no querría, pues, decir otra cosa que caserío **Aguirre** —es decir, patente, descubierto— sito en el barrio o zona de **Balzátegui**.

El P. Gamarra dice (tomándolo de Martín Alonso de Sarriá y Avecia) que Rodrigo era conocido con el apodo o sobrenombre de “Ancho Chapel”. Garibay, a su vez, nos informa que “los religiosos de esta casa (o sea, de Arantzazu) solían hacer muchas caricias y honra al Rodrigo, como a persona a quien la santa imagen fue revelada”. Y del anciano de los 107 años, de quien él se informó, dice “que no solo conoció al Rodrigo, más aun se acordaba de las caricias y buen acogimiento que los frailes le solían hacer”.

Garibay nos dice también que cuando Rodrigo halló a la Virgen había ido a guardar las cabras de su casa. El P. Lizarralde supone que acaso fuese el encargado de guardar los rebaños de cabras de toda la vecindad de Uribarri. Sea de esto lo que fuere, casi hasta nuestros días la casería de Balzátegui ha tenido su cortijo en Unamendi, distante media hora de Arantzazu.

Pocos datos a la verdad, pero los suficientes para acreditar la personalidad histórica del nombre tan constantemente celebrado en los romances, leyendas y tradiciones de Arantzazu.

* * *

Capítulo V

LOS ORIGENES DEL SANTUARIO

No hay duda que el hallazgo de Rodrigo fue recibido como una señal del cielo, como algo que revestía todos los caracteres de cosa providencial y aun milagrosa. Rodrigo dio parte de él al pueblo de Oñati. Guiados por el pastor acudieron hasta el lugar muchos del clero y pueblo, determinando edificar allí mismo una ermita para la santa imagen. Pronto se esparció la nueva por los alrededores y empezaron a venir peregrinos a venerarla. Una señora, que tenía gran fama de santidad, llamada Juana de Arriarán, la cual, después de haber enviudado, servía como serora en la ermita de Santa Marina, de Oñati, vino a Arantzazu a cuidar de la imagen recién aparecida. La personalidad histórica de esta primera dama que puso los fundamentos de Arantzazu está también bien atestiguada. Las fuentes dicen que fue muy estimada de los Reyes Católicos, que la llamaron alguna vez a su corte, detalle éste que no nos debe extrañar demasiado, pues los Reyes tenían cerca de sí como Contador a otro ilustre oñatiarra, Juan López de Lazarraga, el fundador del monasterio de Clarisas de Bidaurreta.

Tenía Juana de Arriarán un hijo, llamado Pedro de Arriarán o de Oñati, que era religioso mercedario en Burceña (Vizcaya), y por medio de él gestionó la venida de religiosos de dicha Orden a Arantzazu. Vinieron, en efecto, hacia 1493 y fundaron en Arantzazu la primera comunidad de religiosos varones de Gipuzkoa. Fr. Pedro, el hijo de Juana, venía como superior de ellos. Pero esta primera fundación no tuvo éxito. Sea por lo inhóspito y frío del lugar, o por falta de edificios adecuados o, como indican las Crónicas de la Merced –y parece lo más cierto–, porque había ya en Arantzazu unas beatas que hacían prevalecer sus derechos sobre la imagen, lo cierto es que los Mercedarios se volvieron pronto a sus conventos de procedencia, de Burceña y Colindres.

Estas beatas, que fueron las primeras servidoras de la Virgen de Arantzazu, debieron de ser un grupo de mujeres piadosas que se reunieron en torno de

Juana de Arriarán. En el siglo XVI descendieron a la villa de Oñati, dando origen al beaterio de Zubikoa, hoy monasterio de Santa Ana.

No es fácil de comprender para el hombre de hoy lo que a continuación sucedió, o sea, el casi continuo trasiego y sucesión de Ordenes en Arantzazu. Los historiadores tampoco aportan demasiada luz sobre esta época de los inicios. Nosotros resumiremos aquí las investigaciones del P. Angel Uribe O.F.M. (1).

Al marcharse los Mercedarios vienen los tercerones, o sea, religiosos de la tercera Orden de S. Francisco con Fr. Pedro, el hijo de D^a Juana de Arriarán, como superior. Pero esta modalidad de tercerones no duró mucho, pues antes de 1501 fueron obligados por el Cardenal Cisneros a pasarse a la Observancia, aunque con algunas exenciones. Fr. Pedro obtiene en 1501 la Bula "Sacrae Religionis", que en los pleitos posteriores había de jugar un papel importante y hasta decisivo, por cuanto en ella el Papa Alejandro VI cede el monasterio de Arantzazu para siempre a los frailes menores de la regular Observancia.

Sucedan años de relativa bonanza. Pero al estar los frailes de Arantzazu exentos de la jurisdicción ordinaria de la familia observante, empiezan a ser mal mirados; en especial, los frailes de Vitoria los consideran vecinos peligrosos. Al fin, después de haber vivido en Arantzazu una década o algo más, se ven obligados a abandonar el lugar.

A continuación entran los Jerónimos, cuya permanencia fue tan efímera que no debió de superar el año y medio. Pero obsérvese que Fr. Pedro viene como superior de ellos. Al marcharse éstos, Fr. Pedro, que no había tenido inconveniente en cambiar de Orden cuantas veces fuese necesario con tal de quedarse en Arantzazu, regresa a su Orden primigenia (Mercedarios) y a su primer convento de Burceña.

A los Jerónimos siguieron los Dominicos, que vinieron patrocinados, al parecer, por el Conde y Concejo de Oñati. Pero los frailes de la Observancia alegan que tienen derecho a la casa en virtud de la Bula antes citada. La Rota Romana dirime el pleito en favor de los franciscanos, que en forma definitiva toman posesión del Santuario en 1514.

Esta misma emulación e interés por la posesión del Santuario nos dice ya algo sobre la importancia, nombradía y aprecio que éste había alcanzado. Siete órdenes se sucedieron en ella en pocos años, contando a las primitivas seroras o beatas. El hecho es de singular importancia en nuestra historia religiosa, pues se trata de la primera Comunidad de varones que se establece en suelo guipuzcoano, como lo subraya el P. Lizarralde. Desde 1514 los franciscanos quedan en continua y definitiva posesión de Arantzazu.

(1) **La Provincia Franciscana de Cantabria**, I, 1988; p. 303 y ss.

Capítulo VI

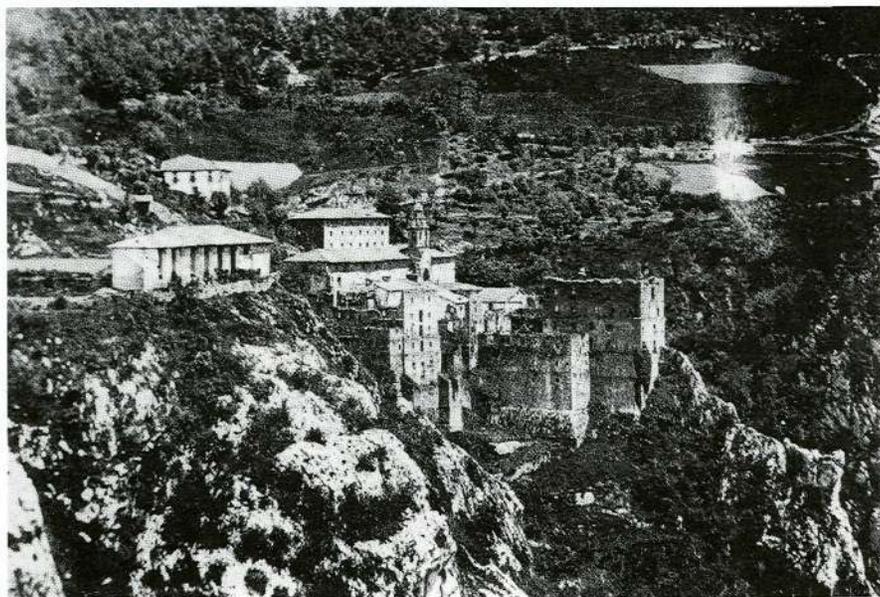
LA CALZADA Y LOS ACCESOS AL SANTUARIO

Para cuando vinieron los Mercedarios ya se había realizado una gran obra que contribuyó no poco a acrecentar la devoción a la Virgen de Arantzazu. Viendo la gran dificultad que había para ir hasta el sitio de la aparición por falta de camino, las dos villas más cercanas, que son Oñati y Mondragón, acordaron instituir cofradía y abrir camino hasta el lugar. Dice Garibay que los benaqueros de Mondragón, que “son diestros en romper peñas y cosas fragosas”, “siendo ayudados de los tenaceros de la misma villa, que son los que labran el acero”, con la cooperación de los de Oñati, llevaron a cabo esta hazaña. Esta primitiva calzada es aún perfectamente transitable. Desde Oñati hasta el lugar de Arricruz coincidía con la antes citada calzada de Calahorra. En Arricruz se separa de ésta, subiendo y bajando en forma alocada según lo exigían las condiciones del terreno. En Guesalza, por ejemplo, baja hasta el río, para emprender luego la subida en forma casi vertical. Al llegar a las inmediaciones del Santuario, ante los imponentes peñascales de la zona llamada Azkartza, en vez de cortarlos a tajo y abrir directamente el camino, prefirieron rodear el obstáculo subiendo más arriba, hasta el lugar donde se levanta la antigua y venerable capilla del Santo Cristo o Humilladero. Desde allí, pasando por junto a Goiko-Benta, la vieja calzada descendía a la iglesia o ermita de la Virgen. Este rodeo final no tenía otro objeto que salvar los peñascales que debieron de parecer insuperables a los famosos “benaqueros” y “tenaceros”.

Esta hazaña de la construcción de la primitiva calzada es recordada en el canto (obra de Juan Carlos de Guerra) que los mondragoneses cantaban al subir en peregrinación anual a Arantzazu:

Arantzazun María
agertu zanian
Oñati ta Mondragoe
zeuzkan bere aldian.
Iñok baiño lenago
geure gurasoak
Arantzazura zuten
zuzendu pausoak.
Arantzak ebaki ta
arkaitzak apurtu
auzolan gogorrean
bidea zabaldu
Oñati ta Mondragoek
kofradia jarririk
Birgiñari jaierez
egin zuten pozik.

(Cuando María apareció en Arantzazu, tuvo cerca de sí a Oñati y a Mondragón. Antes que ninguno, nuestros mayores enderezaron sus pasos a Arantzazu. Cortando espinos y rompiendo peñas, en trabajo de mancomún, Oñati y Mondragón, instituida cofradía, abrieron gozosos el camino por amor a la Virgen).



Arantzazu hacia el año 1870.

La actual carretera, desde Oñati hasta el lugar denominado Zapata, se ajusta al trazado de la primitiva calzada. En Zapata se desvía de ésta, y evitando bajadas inútiles, va en ascensión regular y constante hasta el Santuario. El último tramo de ella, o sea, desde Guesalza hasta Arantzazu, se construyó en 1880. Por esta fecha se edificaron a lo largo de ella, de trecho en trecho, empezando desde Zapata, las quince capillas conmemorativas de los quince misterios del Rosario. Por exigencias del ensanche de la carretera, desaparecieron todas, menos la última.

Aunque esta calzada hecha de mancomún por mondragoneses y oñatarras, y la carretera que después la ha sustituido, ha sido siempre el camino real o principal de Arantzazu, no ha sido (sobre todo en los tiempos pasados) el único acceso al Santuario. Gamarra, en su Historia de 1648, dice que la villa de Oñati tiene concertado con los pueblos de Alava más cercanos al Santuario para que en época de grandes nevadas cuiden de tener abierto el puerto de Gainlabur. Los caseros del barrio de Arantzazu llaman actualmente Gaillaur a este alto. Por allí pasa el camino que va directamente al pueblo alavés de Narbaja. Por Iturrigorri y el alto de Zurcruz hay otro acceso que va a dar a Arriola. Por Urbía y Burdincruz hay otro que sale a Gordoa. Por San Juan de Artía y Kattillu-iturri se sale a Axpuru.

De Bríncola y de Udana arrancan los caminos preferidos de los peregrinos guipuzcoanos. Los cegameses y pueblos vecinos tienen también su clásico y tradicional camino que sale directamente de Cegama, pasa por el lugar denominado Oazurtza y en Biozkorna se junta con los anteriores. Los de la parte de Navarra venían por el túnel de San Adrián y por Urbía.

Recuerdo y complemento (hoy solitario y casi olvidado) de la primitiva calzada es la ermita del Humilladero o Santo Cristo. En el pavoroso incendio de 1622, que redujo a pavesas todo el Santuario, esta ermita sirvió de cobijo a la santa imagen de la Virgen, que fue depositada aquí, como cuenta Gamarra, testigo ocular de aquel incendio.

El mismo P. Gamarra es quien nos cuenta cómo fueron traídas hasta Arantzazu las imágenes que Gregorio Hernández talló expresamente para el Santuario. Desde Valladolid hasta los montes de Alava contiguos a Arantzazu vinieron en carretas; y desde aquí hasta el Santuario fueron transportadas en carros y parte en *leras*, por no permitir lo fragoso y áspero del terreno otro género de transporte.

En Arricruz, en el lugar donde se bifurcan las dos calzadas —la de Calahorra que va a Alava y la que sube a Arantzazu— existe un “santutxo” a la vera del camino, con una efigie de la Inmaculada Concepción tallada en piedra, que debe de ser del siglo XVII.

Capítulo VII

LOS TRES INCENDIOS DE ARANTZAZU

A los cuarenta años escasos de la entrada de los Observantes en Arantzazu, el 26 de diciembre de 1553, un violento incendio, debido al azar, redujo a pavesas todo el convento (1). Solamente la iglesia se salvó del fuego. Según dice Garibay, para cuando sucedió este primer incendio la casa se hallaba muy “aumentada en edificios”. Pero, excepto la iglesia, todo lo demás pereció presa del fuego. Los documentos que había relativos a los principios del santuario y a la aparición de la imagen, los exvotos que pendían por los claustros, etc., todo se perdió.

Gracias a una interesante correspondencia conservada por los Padres Jesuitas, tenemos datos originales, de primera mano, sobre este primer incendio, anteriores incluso a la obra de Garibay. Los Jesuitas poseían para esta fecha casa en Oñati y eran profesores en la Universidad de esta villa. El santo fundador de la Compañía residía en Roma. Ante la magnitud de la catástrofe ocurrida en Arantzazu, el P. Provincial de los Franciscanos de Cantabria, después de haber conferido el caso con el Ayuntamiento de Oñati y con los Padres de la Compañía, pensó que para estimular a los fieles a ayudar con sus limosnas a la reconstrucción del incendiado convento, lo más oportuno era solicitar de Roma un jubileo o indulgencia; y escribir con este fin a S. Ignacio rogándole se interesara cerca del Papa para el logro de dicha indulgencia. El P.R. Galdós publicó en el primer Congreso de Estudios Vascos las cartas que se cruzaron con este motivo. La primera es del Ayuntamiento de Oñati a S. Ignacio, y lleva fecha de 13 de enero de 1554. En ella se pondera el “daño excesivo y grande” que esta quema significa “para todo el basconce, que allí acudía con mucha devoción”. Y dada la aspereza del lugar —dice— hay gran necesidad de ayuda para

(1) Garibay (y a una con él los cronistas siguientes) señalan el año de 1551 como fecha de este incendio, pero parece cierto que esta fecha es equivocada.

que se pueda reedificar. Teniendo pues en cuenta que dicha restauración será de gran ayuda "para la salvación de las ánimas destas provincias" le piden interceda con su Santidad "para que este santo jubileo que se pretende se conceda a esta casa tan devota".

La carta segunda lleva fecha 14 de enero y es del P. Francisco de Castillo, Ministro Provincial de Cantabria. Abunda en las mismas ideas que la anterior, pero es más extensa y contiene más detalles sobre el incendio. La tercera es del P. Gou S.I. a San Ignacio, la cuarta de Juan de Borja, escrita desde Loyola. La quinta del P. Antonio de Araoz S.I., escrita en 25 de junio de 1554 desde Valladolid. En todas ellas se hace notar la gran devoción que hacia esta casa existe en toda la tierra vascongada y el bien espiritual que de ella reportan las almas.

De S. Ignacio se conservan dos cartas de respuesta, dirigida una de ellas a S. Francisco de Borja, y la otra a D. Juan de Borja, fechadas respectivamente el 20 de agosto y el 19 de septiembre de 1554. En la primera de ellas es donde el santo confiesa saber por experiencia la devoción de aquel lugar y lo mucho que en él es Dios servido, y añade el dato preciosísimo de haber estado él mismo en Arantzazu y haber velado "en el cuerpo de aquella iglesia de noche" y "haber recibido algún provecho en mi ánima" en dicha ocasión. Respecto al ju-



Así era Arantzazu a principios de este siglo.

bileo que se pretende, S. Ignacio no lo ve tan fácil de conseguir, pero insinúa algunos pasos que se podrían dar para ello.

No parece que se lograra el ansiado jubileo que se quería obtener para los obispados de Calahorra y Pamplona con el fin de que los fieles se movieran más eficazmente a ayudar a la reconstrucción del convento; pero aun sin él, fue tal la generosidad y entusiasmo despertado, tan abundantes y copiosas las limosnas, que muy en breve se fabricó un edificio mejor y mayor sin comparación de lo que antes estaba, como dice Gamarra.

Ni se contentaron con reedificar el convento. Pareciéndoles que la iglesia resultaba harto pequeña, por los años de seiscientos (dice Gamarra) se emprendió el añadir a la iglesia vieja una capilla mayor con su crucero, para lo cual abrieron profundísimos cimientos en una ladera de la barranca; pero por dos veces cayó la obra, estando ya levantado gran pedazo. Estos accidentes engendraron escrúpulos en muchos religiosos, pareciéndoles no ser voluntad divina que se prosiguiese aquella obra, pues se hacía para trasladar la santísima imagen a capilla más suntuosa y costosa. Pero los superiores no se arredraron y se prosiguió la obra hasta terminarla.

Por los años de 1618, según dice Gamarra, estaba terminada la obra de la capilla mayor, y para efectuar con toda solemnidad el traslado de la imagen a dicha capilla, el Provincial P. Francisco de Cerain y el Guardián de Arantzazu, P. Francisco de Zuola, hicieron traer un jubileo de Roma para todos los que visitasen esta santa imagen en su traslación, y habiéndolo divulgado por todo el reino de Navarra, Provincias de Gipuzkoa, Vizcaya y Alava y gran parte de Castilla la Vieja, señalaron para dicha traslación el día 8 de Septiembre de 1621, celebrándose grandes cultos por toda la octava. Hubo enorme concurso de gente, gran copia de confesores y predicadores, música, etc. El octavo día se efectuó la traslación de la imagen a la nueva capilla.

No había transcurrido todavía un año de la famosa traslación, cuando el 14 de julio de 1622 se declaró un nuevo incendio, tan devastador, que lo arrasó todo en pocas horas. Solamente pudo salvarse la capilla nueva, algunas celdas y algunos pocos libros de la biblioteca. La imagen de la Virgen fue llevada a la ermita del Humilladero y velada allí por dos días. Gamarra, que fue testigo ocular, escribe: "No se puede ponderar con palabras la turbación de corazón y aflicción de espíritu, que nos causó a todos lo que vimos, quedando más de ochenta religiosos, que a la sazón nos hallábamos en este santo convento, llenos de pavor y espanto, sin alivio alguno, ni abrigo, repartidos aquella noche por la montaña; aunque los más nos recogimos a velar y asistir a la santísima imagen que aquella noche y día siguiente estuvo en el Humilladero, que está junto a esta santa Casa, consolándonos con ver aquel rostro sereno que tiene, que representa bien el que tiene María Santísima en los cielos".

Pero las desgracias de Arantzazu parece que no servían sino para acicate de la fe y generosidad del pueblo fiel. Aún no habían pasado ocho días de la quema, cuando los superiores antes citados se resolvieron a reedificar la obra. Y lo pusieron en ejecución con tanta eficacia, que antes de dos meses estaba cubierta la iglesia y se trabajaba en cubrir la casa. El tantas veces citado P. Gamarra escribe: “Apenas se divulgó esta quema por las provincias de Gipuzkoa, Alava y Vizcaya, reyno de Navarra y parte de Castilla cuando comenzaron con sus limosnas a acudir los afectos y devotos de este Santuario con tanta abundancia que dentro de tres meses se halló haberse juntado más de 500 ducados en dinero sin más de otros 2.000 que valía la madera que se juntó de limosna”. Mucha gente se prestó al acarreo de materiales, “juntándose algunos días más de doscientas juntas de bueyes con más de trescientos hombres, que todos venían a trabajar de limosna, a quienes se daba de comer en esta casa y se les hacía el agasajo posible viendo su devoción y afecto”. El beneficiado de Oñati Juan Ibáñez de Hernani cedió un pedazo de monte, de donde se sacó la madera necesaria. De este modo se llegó a reconstruir la obra con más perfección que antes.

Gamarra describe en estos términos la iglesia de su tiempo (1648). Consta de dos capillas, una sobre otra. “La que está a pie tierra y a nivel con el suelo de la iglesia sirve de depósito y sagrario a la santa imagen de nuestra Señora”. “Sobre esta capilla se levanta y erige otra de la misma longitud y latitud, pero más alta, que sirve de altar mayor, donde está el Santísimo Sacramento, al cual alumbran dos lámparas de plata de muy buena hechura”. “Luego se forma un crucero de mucha perfección y capacidad bastante”. Los altares de la iglesia tenían preciosas imágenes del célebre escultor Gregorio Hernández. He aquí los Santos o advocaciones que estas esculturas representaban: San Francisco, San Antonio de Padua, San Juan Bautista, Cristo a la columna, San Diego de Alcalá, San José, la Virgen con el cadáver de su Hijo en el regazo. “En todos estos altares hay sus lámparas de plata que con las que alumbran a la santa imagen y al Santísimo Sacramento y las que están en estos altares hay 21 lámparas de plata”. Una reja de hierro, labrada por un flamenco llamado Lamberto, impedía el acceso hasta la imagen de la Virgen, la cual estaba oculta con unas cortinas que sólo se descorrían cuando los piadosos romeros lo solicitaban. La sillaría del coro era también del mismo Gregorio Hernández.

El personal de la casa en tiempos del P. Gamarra pasaba de cien, contando religiosos y criados.



"La marcha a Arantzazu" de las jóvenes vascas.

Pero el incendio de más terribles consecuencias fue el de 18 de agosto de 1834. España ardía en plena guerra civil entre carlistas y liberales. Por la tarde de este día se presentó ante las puertas del convento un batallón de estos últimos con su comandante Iñurrigarro al frente: llamábanse voluntarios de Gipuzkoa. Preguntaron por el prelado de la comunidad y exigieron raciones para toda la tropa. El prelado dispuso se les sirvieran inmediatamente y después preguntó a su vez si podía saberse el objeto de tan repentina venida. Se le contestó que habiendo llegado a Oñati el general Rodil con once mil hombres, ellos habían sido enviados a cubrir las avenidas del enemigo, pero que la Comunidad no tenía nada que temer. Después de la cena de la Comunidad, en el mismo refectorio cenaron más de veinte oficiales con su jefe. A las once de la noche el comandante llamó al prelado (era éste el P. Domingo de Lazcaibar) y le intimó la terrible orden que traía: "Tengo orden de Rodil de presentar a Vd. arrestado con toda la Comunidad para mañana a las ocho, después de haber

incendiado y reducido a cenizas el convento. Para las cuatro de la mañana se ha de poner todo en ejecución y el general a su arbitrio dispondrá lo mismo que de Vd. de los demás frailes”.

Todo se ejecutó puntualmente según la orden recibida. Convento, iglesia, coro, puertas, etc., fueron rociados con líquidos inflamables. A la una de la madrugada sonó un tiro de fusil, que era la señal convenida para comenzar los preparativos. Los religiosos se alborotaron temiendo se repitiera en Arantzazu la matanza de frailes que justamente el mes anterior había tenido lugar en Madrid. El comandante les calmó como pudo asegurando que no permitiría ningún desmán contra sus personas. A las tres de la madrugada el prelado sumió las formas de ambos sagrarios. Junto con la soldadesca, dice D. Manuel Arcaya, religioso exclaustado que escribía su relación en 1851, acudió un regimiento de mujeres “de las que acostumbran a seguir a la tropa”, y “todas cargaron con cuanto pudieron haber a las manos”.

A las cuatro de la mañana los religiosos cargaron en hombros la santa imagen ante la que rindieron armas los soldados. Custodiada constantemente por éstos, salió la lúgubre comitiva en dirección a Oñati, dejando atrás el convento en llamas. Llegados a Oñati, calados por la lluvia que caía sin cesar, Rodil les ordenó salieran para Vitoria y de allí se dirigieran a diversos puntos del sur de España. Omitimos ciertos incidentes tragicómicos que cuenta Arcaya en su relato.

El rumor de que el Santuario era cobijo y guarida de facciosos carlistas debió de ser el motivo o razón militar de esta bárbara y sacrílega salvajada. Dícese que Zumalacárregui lloró al enterarse de lo ocurrido y juró vengarse. Y, en efecto, cuatro días más tarde infligió una tremenda derrota a los liberales en las Amézcoas.

El incendio de 1834 fue total. Solamente se salvó la capilla enterramiento de los religiosos. También la torre continuó enhiesta sobre las ruinas calcinadas, cual mudo testigo de un pasado glorioso.

El gobierno de Mendizábal dispuso la desamortización y exclaustación general de los religiosos. Con esto Arantzazu conoció un largo paréntesis de abandono, soledad y ruinas.

Antes de la fatídica fecha de 1834 hubo otros incidentes e intentos similares, pero sin mayores consecuencias, así como también bajadas temporales de la Virgen a Oñati, como puede verse en el estudio que I. Zumalde ha dedicado al tema.

* * *

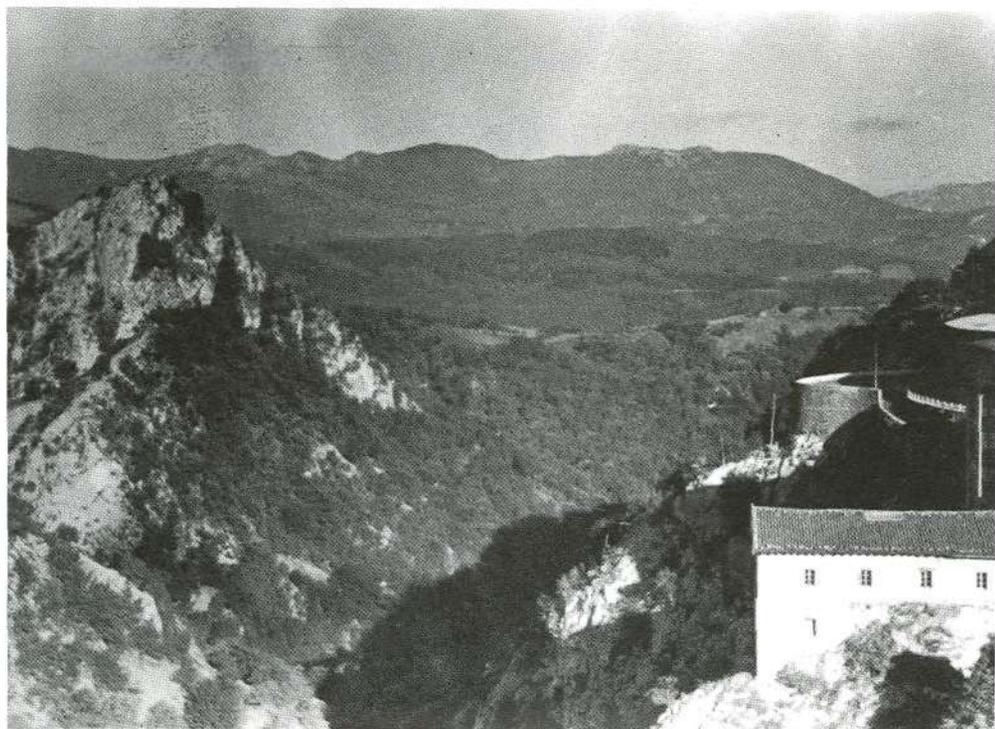
Capítulo VIII

LA RESTAURACION

A decir verdad, a pesar de la excomunión general, Arantzazu no estuvo nunca enteramente abandonado de sus custodios seculares. A título de capellanes del Santuario, y en hábito de curas, sin formar Comunidad, vivían aquí varios religiosos excomuniónados. En 1845 comenzó la reconstrucción del templo, pobre y humilde, pues la circunstancias no permitían otra cosa, pero para el año siguiente estaba ya terminado, gracias a las limosnas de los devotos. El 19 de noviembre de 1846 fue devuelta la santa imagen de Oñati al Santuario, después de haber permanecido durante doce años en la villa.

Entre los capellanes excomuniónados, hubo dos que se mostraron particularmente activos y emprendedores: Elías Arregui y Domingo Albéniz. Este segundo se graduó de preceptor particular de latinidad y de griego en la Universidad de Valladolid y luego abrió, en medio de las ruinas de Arantzazu, una preceptoría que muy pronto adquirió fama. En ella estudiaron muchos futuros sacerdotes y religiosos.

A todo esto, en 1859 se abrió en Bermeo el primer convento restaurado de la Provincia franciscana de Cantabria, y poco después se restauraba asimismo el de Zarauz. El Restaurador, P. Mariano Estarta, no manifestaba demasiado interés por restaurar el convento de Arantzazu. Entonces —y ante los rumores de que los Capuchinos hacían gestiones para instalarse en Arantzazu— el P. José Esteban Epelde, capellán excomuniónado, toma la iniciativa por su mano. El Santuario debe eterna gratitud a este insigne azcoitiano. Gracias a sus gestiones, el Gobierno autoriza en 1878 la fundación de una Comunidad en Arantzazu. Como las ruinas del antiguo convento pertenecían al Estado por la ley de desamortización, el P. Epelde se vio precisado a construir para convento un edificio aparte: el mismo que luego serviría para Colegio Seráfico.



El conjunto del Santuario después del año 1945.

Otra gran obra que se debe al P. Epelde fue la construcción de la carretera, llevada a cabo por medio de una suscripción pública.

Después de un eclipse de casi cincuenta años, y coincidiendo con la terminación de la nueva carretera, el P. Epelde se propuso resucitar la vieja tradición de las peregrinaciones y consiguió, en efecto, que en 1881 Arantzazu fuera escenario de magnas concentraciones de peregrinos de toda la Diócesis. (Se había fundado hacía poco la Diócesis de Vitoria, que, como es sabido, compren-



día las tres provincias vascongadas). Era todo un pasado, el que después de un largo letargo, volvía a revivir.

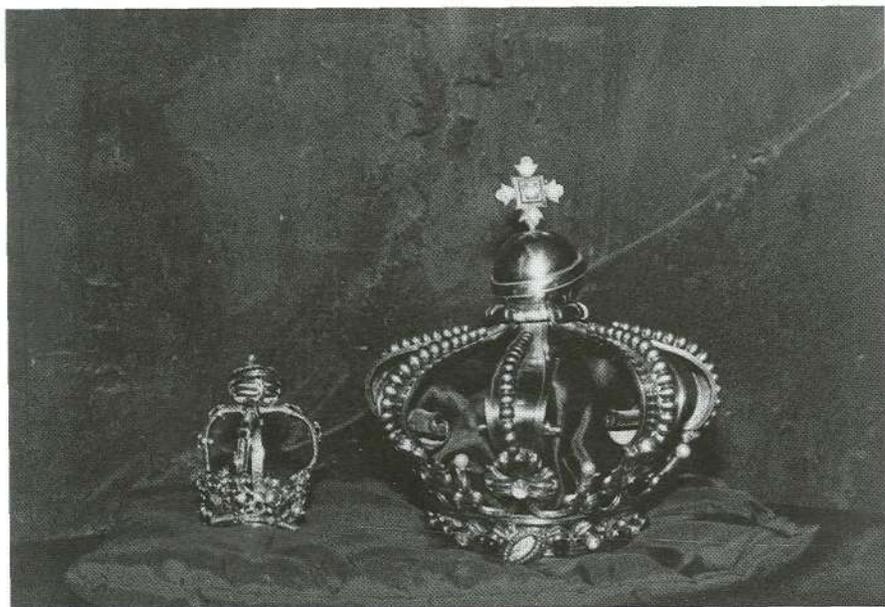
El mismo P. Epelde encargó también al culto y piadoso profesor de la Universidad de Oñati D. Julián Pastor y Rodríguez, que escribiera una Historia documentada y crítica de la Virgen de Arantzazu. El Sr. Pastor desempeñó cumplidamente la labor que se le encomendara, publicándose la obra en Madrid en 1880 a expensas del Santuario.

Capítulo IX

LA CORONACION CANONICA

El P. Epelde fue, por último, el promotor y alma de las solemnidades de la Coronación canónica de la imagen, celebradas en junio de 1886, y que alcanzaron gran resonancia por todo el país.

Ntra. Sra. de Veruela, había sido coronada el 31 de julio de 1881, la de Montserrat el 11 de septiembre del mismo año, la de Lluch, patrona de Mallor-



La imagen fue coronada el año 1886.

ca, el 10 de agosto de 1884, siendo por tanto la de Arantzazu la cuarta en el orden de las Vírgenes coronadas de la nación española, como dice el P. Lizarralde. Fue el Obispo de Vitoria, D. Mariano Miguel Gómez, el que impuso las coronas al Niño y a la Madre. Con este motivo hubo magnas peregrinaciones, concursos literarios, etc. En estos concursos participaron personajes tan ilustres y representativos del país como D. Carmelo Echegaray, D. Juan Carlos de Guerra y el poeta ochandianés Felipe Arrese. El insigne jesuita P. J. I. de Arana, que de muchacho había estudiado en la preceptoría de Arantzazu, compuso el himno "Arantzazuko", que tanto se ha divulgado.

Desde entonces Arantzazu ha seguido su ritmo ascensional, un poco lento al principio, pero firme y seguro.

En 1908, adquirida la propiedad de las ruinas, se volvió a restaurar el viejo convento, destinándose para Colegio Seráfico el edificio levantado por el P. Epelde.

En 1909 era nombrado Provincial de Cantabria el alavés P. Elías Martínez de Zuazo, que dio un notable impulso a las obras del Santuario. A él se debe la actual Hospedería y el edificio de la actual Casa de Ejercicios, así como también la traída de aguas por medio de un canal de varios kilómetros de longitud. La escasez de agua era un mal crónico en Arantzazu. Para remediarlo, se emprendió una obra larga y costosa, que se inició en 1914, tomando el agua desde cerca del nacimiento del río Arantzazu y trayéndola hasta el Santuario por un pequeño canal construido en un terreno abrupto y quebrado. Posteriormente se construyó una presa y se perfeccionó la conducción, sustituyendo el antiguo canal por una tubería.

* * *

Capítulo X

EL PATRONATO SOBRE GIPUZKOA

Al P. Martínez se le debe también la parte principal en los trabajos y gestiones para declarar a la Virgen de Arantzazu Patrona de Guipuzkoa, aunque él no llegó a ver realizado el proyecto. La primera idea o sugerencia en este sentido partió de don Julián Lojendio, abogado donostiarra, que pasaba temporadas en el Santuario. En 1912 el Sr. Lojendio expuso la idea en unas conferencias pronunciadas en el Centro Católico de San Sebastián. El P. Martínez la acogió con calor. Don Esteban Gomendio, alcalde de Oñati, prestó a ella su más activa colaboración. Se recogieron las firmas de los pueblos de la provincia, el heraldisista don Juan Carlos de Guerra hizo la correspondiente solicitud a la Diputación, ésta la expidió al Prelado diocesano, el cual despachó las acostumbradas preces a Roma. En 1918 llegó el rescripto de la Sagrada Congregación de Ritos concediendo el patronato oficial. A la sazón era Obispo de Vitoria D. Leopoldo Eijo y Garay, y Presidente de la Diputación el Marqués de Valdespina.

El verano de 1918 se celebró de forma solemnisima en el Santuario la concesión del Patronato. Dicho verano Oñati fue escenario del Primer Congreso de Estudios Vascos, del que salió la fundación de la Academia de la Lengua Vasca. El día 8 de septiembre se clausuró el Congreso, y al día siguiente, festividad de Ntra. Sra. de Arantzazu, se solemnizó la proclamación del Patronato. Elías Salaverría ha inmortalizado el momento en un conocido lienzo.

Hay que advertir que la antigua Provincia franciscana de Cantabria (que abarcaba las tres provincias vascongadas y la Montaña, o sea, Santander) reconocía ya como Patrona suya a la Virgen de Arantzazu desde 1738, en que fue elegida en el capítulo provincial celebrado ese año en Vitoria.

El mismo año de 1918 el pintor vitoriano Pablo Uranga pintó una serie de cuadros sobre motivos franciscanos o relacionados con la historia del Santuario. La mayoría de ellos pueden verse actualmente en el claustro del convento.

Pero los pintados al fresco se perdieron por causa de la humedad.

Tal vez haya que decir, con todo —como insinúa el P. Salvador Michelena en su hermosa Historia de Arantzazu escrita en euskera—, que este Patronato oficial venía a achicar en cierto sentido las dimensiones del Patronato real de la Virgen de Arantzazu, ya que si miramos al pasado del Santuario, al arraigo y extensión de su devoción, es cierto que ésta no se limitó nunca a Guipuzkoa, sino que se extendió a todo el país vascongado, “a todo el bascuence”, como decían las cartas escritas a S. Ignacio con ocasión del incendio de 1553.

* * *

Capítulo XI

EL P. ADRIAN DE LIZARRALDE

Mención particular merece el P. Lizarralde (1884-1935), por cuanto en el plano cultural nadie ha contribuido como él a afianzar el nombre de Arantzazu. En 1915 fue el P. Lizarralde a Sevilla a seguir un curso de arte en la Universidad. Sin terminar el curso, volvió de allí tuberculoso y desahuciado, hizo promesa a la Virgen de Arantzazu que si curaba, escribiría su Historia. Curó, en efecto, y no sólo escribió la Historia de la Virgen de Arantzazu y la de la Universidad de Oñati, sino que cual caballero andante de Andra Mari, armado de cámara fotográfica, recorrió las viejas y olvidadas calzadas del país en persecución de las antiguas efigies marianas, recogiendo materiales para una historia del culto mariano. Fruto de estas búsquedas fueron su Andra Mari de Gipuzkoa (1926) y Andra Mari de Vizcaya (1934), y la muerte le sorprendió cuando iniciaba sus trabajos para escribir el tomo correspondiente a Alava.

El P. Lizarralde fue también el fundador y primer director de la revista "Arantzazu", que empezó a salir en 1921, editada en el mismo Santuario. A este fin se dotó a éste de imprenta propia.

El P. Lizarralde diseñó también el escudo del Santuario, consiguiendo que fuera concedido por Real Orden del Ministerio de la Gobernación en 1925, de acuerdo con los informes de la Real Academia de la Historia. Es de advertir que el mote primitivo, puesto por el P. Lizarralde, era: "*In splendore ortus tui*"; que fue cambiado por el legendario "*Arantzan Zu?*", que en él figura.

La altiplanicie de Urbía deberá también recordar siempre al P. Lizarralde. Compadecido de que los pastores tuvieran que bajar hasta Arantzazu para cumplir sus deberes religiosos, promovió y consiguió se construyese allí mismo una hermosa y amplia capilla (1924), y él en persona fue su primer capellán.



La capilla de la Coronación.

Capítulo XII

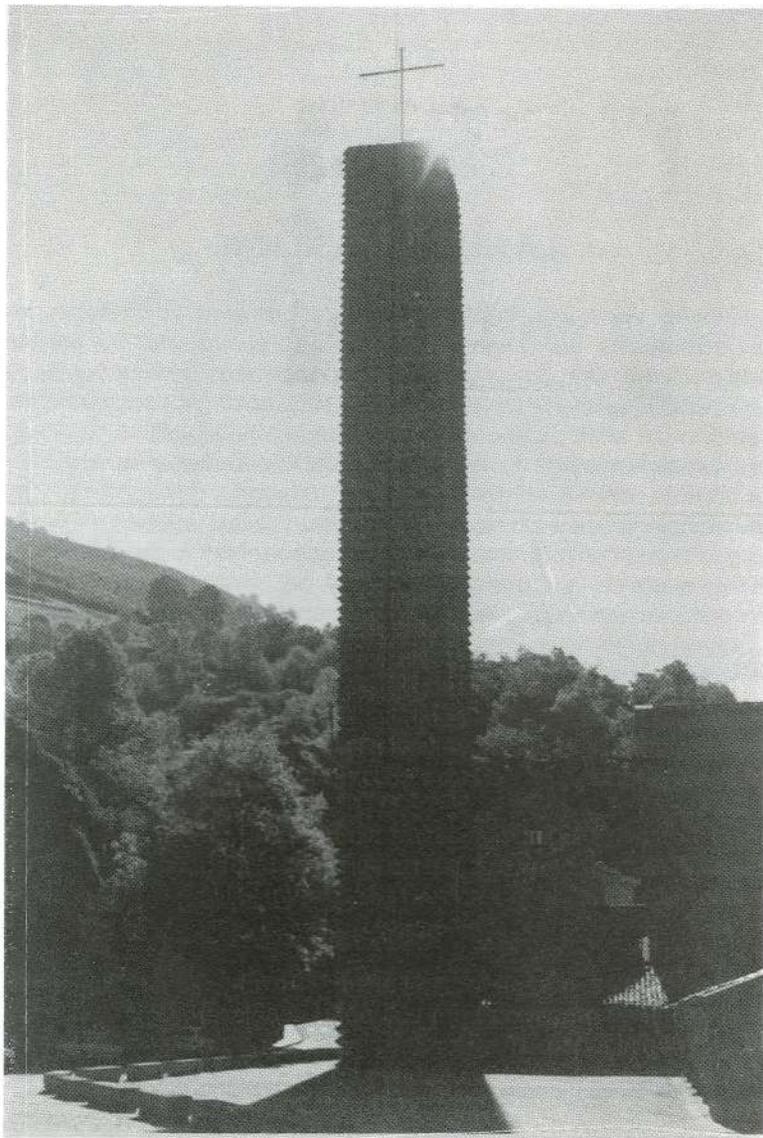
LA NUEVA BASILICA

En 1949 era nombrado Provincial de Cantabria el M. R. P. Pablo de Lete, natural de Escoriaza, quien en Cuba se había acreditado por sus particulares dotes de gobierno. Como si presintiera los pocos años de vida que le quedaban para cumplir su misión (murió a fines de 1952 en trágico accidente de aviación), emprendió al punto la construcción de la nueva basílica de Arantzazu, que no iba a ver terminada. La iglesia construida después del incendio de 1834 era ciertamente pobre e indigna del Santuario patronal de Gipuzkoa, y por supuesto insuficiente para albergar a las multitudes que acuden en peregrinación. El quería erigir un monumento que aun desde el punto de vista del arte estuviera a la altura de la importancia histórica del Santuario. Se convocó para ello un concurso nacional de Arquitectura, y entre los proyectos presentados, el Jurado falló por el de los Sres. Arquitectos Sáinz de Oiza y Laorga, el cual fue llevado inmediatamente a la práctica, colocándose la primera piedra el 9 de septiembre de 1950.

El P. Lete, con una ilimitada confianza en la Virgen y en el pueblo vasco, se había lanzado a una obra para la que no contaba con recursos; y mandó a sus religiosos que fuesen a pedir de pueblo en pueblo y de puerta en puerta, para que la nueva basílica fuese levantada con el óbolo de todos y singularmente de los humildes. El mismo participó en esta campaña de cuestación, y más todavía el P. Guardián de Arantzazu, P. Pedro Aranguren. La empresa "Construcciones Uriarte" plasmó el proyecto en realidad, y el 30 de agosto de 1955 se inauguraba la nueva basílica: amplia, capaz, luminosa, severa y sencilla, de magníficas condiciones tanto acústicas como de visibilidad. Para edificarla, hubo que desmoronar la anterior iglesia, que, rebajada de techo, se conserva como cripta del Santuario. El 11 de mayo de 1963 el Colegio de Arquitectos Vasco-Navarro otorgó a esta obra el Premio Juan Manuel Aizpurua.

La decoración artística de la basílica sufrió un largo paréntesis, impuesto

por la querrela en torno al arte moderno, que se cebó particularmente en Arantzazu. Y es que la basílica de Arantzazu fue la primera realizada en España con tendencias a las nuevas orientaciones. El P. Arsenio Fernández Arenas O.P., en su obra "Iglesias Nuevas en España" (1963) pone la de Arantzazu como la pri-



La esbelta torre campanil.

mera que abrió el camino, pero nota en ella una cierta vacilación: “las formas de la iglesia —dice— están en una línea tradicional con cierta indecisión hacia las nuevas”. De todas formas, en aquellos años pareció audaz y revolucionaria, y dio pie a acres discusiones. Como lo pide el paisaje circundante, la basílica reviste los caracteres de robustez y sencillez. Nada de líneas amaneradas y empalagosas. Las puntas de diamante que tachonan las tres torres, son su único elemento decorativo por el exterior. La conclusión de la fachada, encargada al escultor Jorge Oteiza, se retrasó unos años por la querrela del arte sacro, pero, superada ésta, en 1969 pudieron colocarse los Apóstoles y en lo alto del inmenso tablero pétreo, la **Pietà**. Las puertas de la basílica son del escultor guipuzcoano Chillida; las vidrieras, del franciscano donostiarra P. Javier de Eulate.

En 1962, tras un concurso de ámbito nacional, el pintor madrileño Lucio Muñoz realizó el gigantesco retablo o ábside. Se trataba de dar vida a una pared de 600 metros cuadrados. Como dice el P. Aguilar O.P., en la solución de Muñoz más que de decoración se trata de ambientación. En una entrevista sostenida con el P. Pedro Anasagasti, ante la prevención insinuada por éste de que la obra pudiera ser de difícil captación para el público, Lucio Muñoz contestó: “Estoy plenamente convencido (de lo contrario no me hubiera presentado a este concurso) de que mi obra será entrañablemente sentida por las multitudes que acudan al Santuario (y ésta me parece la mejor manera de entender una obra de arte). Por otra parte, mi obra es más para ser sentida que entendida: no hay en ella ni esteticismos ni jeroglíficos de ninguna clase; todo sucede de forma tan natural y sencilla como en la naturaleza. Nadie se preguntará qué quiere decir mi obra, como nadie se pregunta qué quiere decir el paisaje de Arantzazu o el color de sus montañas.

Hay que hacer constar también que la realización de la nueva basílica fue muy facilitada por las obras para un nuevo ábside que con estilo diferente se comenzaron por los años 1920. Dichas obras fueron costeadas por el caballero alavés D. Pablo Ruiz de Gámiz, Conde de Torre Antigua de Orúe.

En los años siguientes, con cierta lentitud, se han ido completando muchos detalles que habían quedado pendientes de solución. En 1975 X. de Egaña pinta los murales del Camarín, que representan el drama de la existencia humana: vida, muerte, salvación etc.

En 1982 tiene lugar el derribo del Colegio viejo, o sea, el edificio que el P. Epelde construyera para convento de la Comunidad restaurada y que luego pasó a ser Colegio Seráfico. El espacio que quedó desocupado con tal derribo ha permitido la construcción de una plazuela peatonal contigua a la basílica, que fue realizada bajo el asesoramiento de Oteiza y con la ayuda del Gobierno autónomo vasco.

En 1984 Néstor Basterrechea lleva a cabo la decoración de la cripta y se realiza el enlosado, colocación de bancos e iluminación de la misma. Bajo el asesoramiento de los Sres. S. Oiza y Zunzunegui se ha realizado una nueva disposición del presbiterio de la basílica. Se ha rebajado la girola, colocado un nuevo Sagrario —obra de L. Muñoz—, la celosía —obra de S. Oiza—, un grandioso Santo Cristo, se ha dado pinki al suelo, se ha resuelto, en fin, el problema de la iluminación de la basílica, etc. También se ha colocado un ascensor para facilitar el acceso a la basílica de los minusválidos y se ha procedido al chapeado de los arcos de la portería bajo la dirección de S. Oiza con el fin de que sintonicen con el arte de la basílica; etc.

* * *

Capítulo XIII

ESTADO ACTUAL

Desde 1950 hasta hoy Arantzazu ha conocido como un vértigo de obras que se suceden unas tras otras sin interrupción. Después de la basílica se construyó el edificio destinado a frontón, salón de actos y salones de recreo para los estudiantes: este edificio se hacía necesario porque el antiguo frontón tuvo que ser derribado por exigencias de ensanche de carretera. Siguióse el ensanche y mejoramiento de la carretera en los dos kilómetros próximos al Santuario, obra llevada a cabo por la Excma. Diputación de Gipuzkoa. Con interrupciones e intervalos de varios años, y en tramos sucesivos, se ha continuado el ensanche y perfeccionamiento de ésta, que ha quedado notablemente mejorada.

El Ministerio de Obras Públicas realizó una gigantesca y atrevida obra sobre el barranco para dotar al Santuario de un amplio y capaz parque de estacionamiento de automóviles, que se hacía cada vez más necesario, dada la angostura del sitio y el creciente aumento del tráfico rodado.

El M.R.P. Provincial de Cantabria, Fr. Benito Mendía, emprendió la construcción de un nuevo Colegio-Seminario para futuros franciscanos, que sería capaz de albergar 450 alumnos. La obra se realizó, en efecto, pero los logros no respondieron a las expectativas. La crisis religiosa, que pronto había de manifestarse, los cambios pedagógico-educacionales y la consiguiente disminución de vocaciones han hecho que sus resultados hayan sido exiguos.

Digamos a todo esto que la Comunidad de Arantzazu se compone actualmente de unos 60 religiosos. La Provincia franciscana de Cantabria tiene asignados, como parcelas de trabajo, diversos territorios de Cuba, Paraguay, Bolivia, Santo Domingo, Puerto Rico, Corea del Sur.



El conjunto del Santuario visto desde Beilotza.

Funciona en Arantzazu una bien montada Casa de Ejercicios Espirituales (**Gogartetxea**). En ella se predicán tandas de Ejercicios cerrados para toda clase de personas. La Casa sirve también para la celebración de convivencias, cursillos, Congresos, etc. En ella se celebró, por ejemplo, en 1968, el Congreso organizado por la Academia de la Lengua Vasca, que marcó el inicio del proceso de unificación del euskara literario. La Casa de Ejercicios está atendida, en lo material, por cuatro religiosas (Terciarias Franciscanas de la Inmaculada Concepción).

Existe también en Arantzazu una imprenta y una Editorial. En ella se editan diversas revistas: **Arantzazu** (actualmente **Arantzazu**), **Misiones Franciscanas**, **Sap**, hojas periódicas, calendarios y libros.

Desde 1946 y durante muchos años se ha transmitido la misa solemne de los domingos y días festivos por Radio San Sebastián en emisión especialmente dedicada a los enfermos. Actualmente Radio Segura transmite la misa cantada de los domingos, más las Vísperas o Benedicta de los sábados y vísperas de fiesta y domingos a la tarde; las Novenas de la Virgen de Arantzazu, San Francisco e Inmaculada y predicación especial en dos semanas de Cuaresma. **Euskadi Irratia** transmite la misa a las 8,30 todos los domingos y fiestas.

En el Colegio está instalado el Observatorio Meteorológico, que actualmente corre a cargo del afamado P. Pello Zabala. Los primeros datos pluviométricos que se conservan son del año 1920 y fueron tomados por el P. Francisco Gandarias. Dicho Padre hacía anotaciones muy curiosas. Siguen años con interrupciones, pero desde 1957 se han enviado sin falta los datos a Igueldo. Desde el año 1966, gracias al P. J. A. Mendizábal –fallecido en 1978– se han podido remitir datos muy completos.

En Arantzazu radican, finalmente, además de la Hospedería-Hotel del Santuario, otras cuatro casas de huéspedes, a saber, Goiko-Benta, Millicua, Sínica y Zelaizábal.

* * *

Capítulo XIV

LAS PEREGRINACIONES

Si quisiéramos ahora pasar a hablar de ciertas constantes que se advierten a lo largo de la historia del Santuario y dan a éste su fisonomía peculiar, se hace preciso decir algo de las peregrinaciones. Porque Arantzazu es un lugar de peregrinación. Desde que la imagen de Andra Mari se manifestó a Rodrigo de Balzátegui, Arantzazu se convirtió en sitio de peregrinación, adonde los fieles acudían en piadosa romería a implorar el auxilio del cielo, a regenerarse espiritualmente o bien en cumplimiento de una promesa, etc.

El autor de la Historia de 1648 escribe así: "Y finalmente es imposible decir el gran número de gente que viene todos los años a este santo convento de tan varias tierras y con tan varios trajes que causa admiración. Comienzan sus romerías desde los principios de Mayo que es cuando ordinariamente comienzan a quitarse las nieves, aunque duran las lluvias y malos tiempos, y las van continuando hasta los principios de Octubre, siendo los concursos mayores el mes de Agosto y Septiembre, principalmente en las festividades de la Asunción y Natividad de Nuestra Señora y el día de la Cruz de Septiembre, en que no es creíble la gente que concurre y se junta de varias partes, que puedo asegurar como quien lo ha visto y examinado, que este año pasado de cuarenta y siete en cada una de estas fiestas se halló haber comulgado más de tres mil personas por las formas que se halló haberse gastado, que es cosa digna de ponderación; y toda esta gente se confiesa en este santo convento, para lo cual hay de ordinario 24 religiosos confesores de todas las lenguas, que asisten desde las dos de la tarde hasta las diez del día siguiente, menos las horas que dan al sueño, que son pocas; y para estos días y otros semejantes, siendo pocos los confesores de casa, se traen otros de conventos circunvecinos, como son de Vitoria, Mondragón, Elgoibar y Oñati".

Mención particular hacen los historiadores del Santuario del siglo XVII de las peregrinaciones de la provincia de Labort (país vasco-francés); Sabido es que en aquel siglo los pescadores de dicha región iban hasta Terranova. Pues bien, Arantzazu era el Santuario al que venían sus madres y esposas a implorar la ayuda del cielo para tan largo viaje y al que acudían ellos mismos a dar gracias a su regreso de la pesca del bacalao y de la ballena. Oigamos otra vez al P. Gamarra: "Y no es menos la devoción que tienen los del Reyno de Francia, pues de más de veinte leguas de la tierra adentro viene todos los años muchísima gente en romería así hombres, como mujeres, y es cosa particular; porque las mujeres vienen por la pascua del Espíritu Santo, que es tiempo en que sus maridos están en Terranova y Noruega a la provisión del bacallao y vallas; y vienen con tanta devoción, que es para edificar al mundo, pues siendo los caminos tan ásperos, y en particular lo alto de la Aloña, cuyas cimas pasan en más de tres leguas de subida y bajada, siendo toda ella pedregosa, llena de espinas y sin camino, vienen por ella a pie y descalzas; y como la montaña es tan alta, de ordinario hay nieblas y lluvias, de suerte que llegan en esta santa casa muy afligidas, mojadas, y cansadas; y de esta suerte, sin admitir abrigo de hospedería y aposentos, velan toda la noche en la iglesia con tanta devoción y afecto, que es para alabar a Dios; y suelen ser los concursos de mucha gente, que tal vez se han visto más de dos mil personas de Francia juntas; y con ser estos años, en que se escribe esta historia, tan calamitosos y de tantas guerras entre estos dos Reynos, no por eso faltan a su piedad y devoción; sino que con el mismo afecto que antes vienen atropellando muchas dificultades, trayendo muchas limosnas a esta santa casa, de plata y oro. Luego por el mes de octubre del mismo año, que es cuando vuelven los navíos de Terranova, apenas saltan en tierra los piadosos marineros, cuando aun sabiendo que han estado aquí sus mujeres y parientas, vienen en tropas de a veinte y treinta, todos a pie, y muchos descalzos con gran devoción a rendir gracias a la Virgen Señora nuestra, que por medios de esta santa imagen los ha librado de tantos peligros y tormentas, como se padecen en el mar, y hacen de nuevo sus limosnas; con que viene este convento a tener gran socorro de la nación Francesa".

Gamarra describe aquí a estos peregrinos como si fueran meros franceses, pero en otro lugar puntualiza mejor la región a que pertenecen: Provincia de Labort, o sea Laburdi.

Es notable que los labortanos llegaron a edificar en su territorio una capilla a la Virgen de Arantzazu, en Ainhoa, en la falda del monte Axulay. Aun hoy día se celebra allí la fiesta el lunes de Pentecostés. J. Olhagaray escribió sobre esta capilla, haciendo luz sobre la filiación que ella tiene con nuestro Santuario ("Arantzeko Ama Birjina eta Ainhoko Kapera", Bayonne 1933).

Las gentes de mar, no sólo de Labort, sino de todo el país vasco, parecen haber sido las que más se señalaron desde antiguo en la devoción a nuestra Virgen, sin duda por ser las que más sobresaltos y peligros padecen. Ya Gari-

bay lo consignaba así: “Entre las demás suertes de gentes, los que más de ordinario acuden con largueza de limosnas, son los mareantes, que siempre en sus naufragios y trabajos navales invocan el nombre y devoción de esta santa casa, son socorridos y remediados”.

* * *

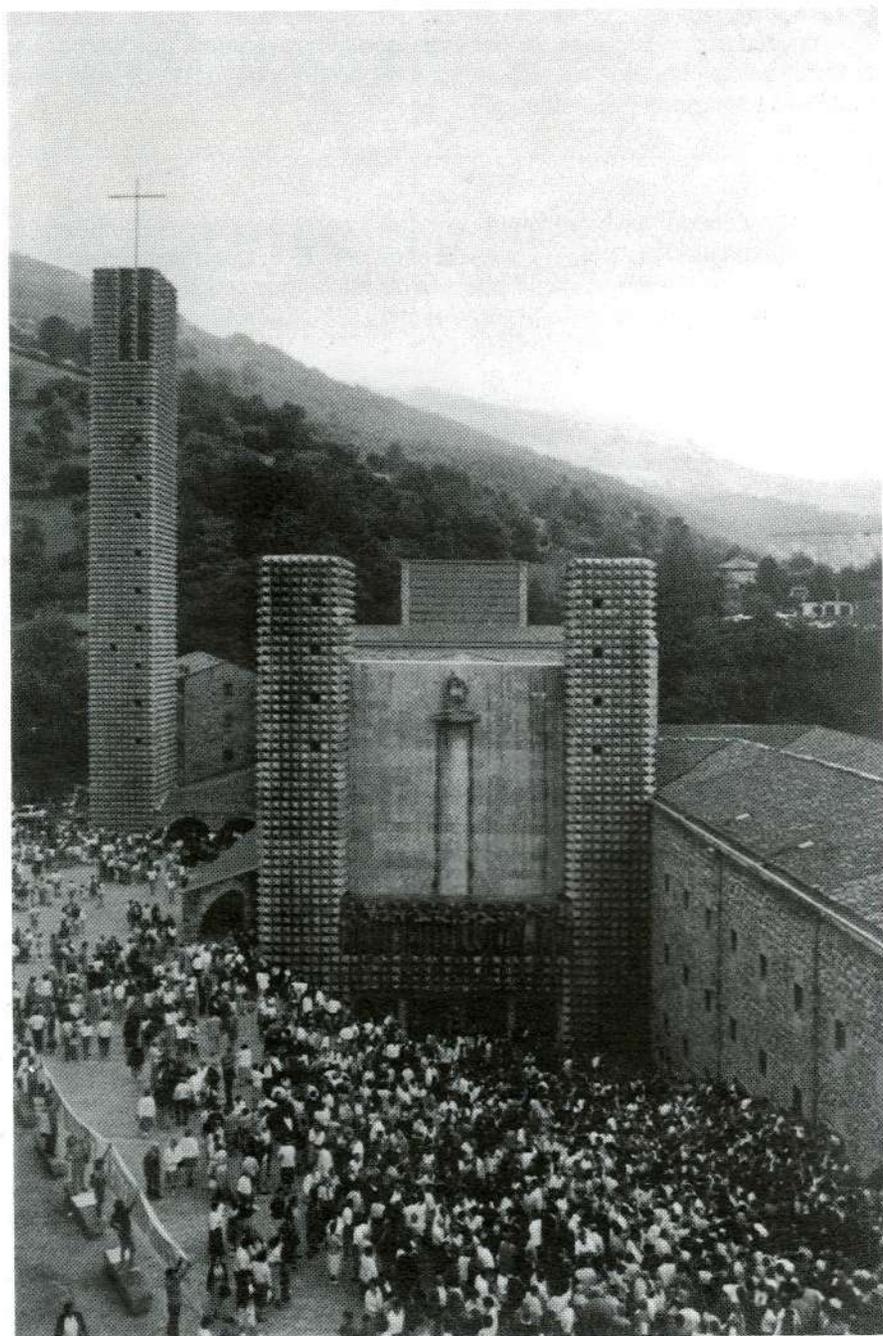
La provincia de Alava, que está contigua y confinante con el Santuario, se ha distinguido siempre por su adhesión al mismo. El P. Luzuriaga, en su Parainfo Celeste, enumera hasta 44 pueblos de Alava, que regular y corporativamente peregrinaban todos los años a Arantzazu. Y algunos de ellos aún hoy siguen fieles a la antigua tradición.

En la toponimia de Arantzazu hay viejos nombres venerables, bien significativos a este respecto, como *Erromesbideta* = camino del peregrino. Llámase así a un camino –hoy casi olvidado y abandonado– que descendía al Santuario desde el lugar llamado Burdincruz. La procedencia de los peregrinos que lo utilizaban era navarra y alavesa. Es curioso también el tríptico Burdincruz, Zurcruz y Arricruz (= cruz de hierro, cruz de madera y cruz de piedra), nombres que designan a otros tantos lugares de acceso al Santuario. Actualmente no se conocen en ellos las cruces que debieron de dar origen a dichos nombres. Únicamente en Arricruz existe la estela que arriba mencionamos.

Aun suponiendo que pueda haber alguna exageración en las cifras que Gamarra y Luzuriaga nos dan del número de peregrinos que acudía a Arantzazu, no por ello se desvirtuaría lo sustancial de su testimonio, cuya verdad está fuera de duda. Muchos de los peregrinos pasaban la noche en el cuerpo de la iglesia (así lo hizo el propio S. Ignacio). Esta circunstancia dio origen a las piadosas vigiliass nocturnas, en que el pueblo fiel cantaba romances de la aparición a Rodrigo o rimaba versos alusivos a las dificultades y emociones de la peregrinación a Arantzazu, o bien se entregaba a ejercicios de penitencia, a remedos figurativos de la Pasión del Señor, etc. Es cosa sabida que en muchos sitios las romerías degeneraron bien pronto de su fervor primitivo e incluso tuvieron que ser a veces suprimidas por la autoridad eclesiástica en vista de los abusos a que daban lugar. No sucedió otro tanto en Arantzazu, donde constantemente mantuvieron un alto carácter de seriedad y religiosidad.

* * *

En nuestros días la tradición continúa imperturbable. El número de peregrinos –con respecto a los siglos pasados– ha aumentado seguramente, habida cuenta de la mayor facilidad de comunicaciones y de alojamiento y del aumento general de la población. El tiempo asignado para las peregrinaciones continúa siendo el mismo que indicaba ya el P. Gamarra: de mayo a octubre. Son muchos los pueblos de Gipuzkoa y Vizcaya que tienen previamente concerta-



do el día para venir en peregrinación a Arantzazu, y ese día los cultos y el sermón están dedicados a los peregrinos de dicho pueblo. Es un hecho también que la mayoría de los peregrinos confiesan y comulgan en el Santuario. Ni es raro encontrar personas que toman como una obligación el hacer su visita anual a la Virgen.

* * *

Capítulo XV

LA BENEDICTA

El Santuario de Arantzazu tiene su función típica y tradicional, que es la Benedicta. Se la menciona ya en las crónicas del siglo XVII. En sí no es otra cosa que un trozo del Oficio Parvo de Nuestra Señora, pero que en Arantzazu, con la solemnidad y marco característico de que se le rodeaba, adquirió el carácter de algo original y consubstancial con el Santuario. Siendo Arantzazu un Santuario mariano, nada más propio que esta alabanza ininterrumpida que desde las quebradas de él se eleva perennemente en honor de la Bendita entre todas las mujeres. Un texto de Celio Sedulio que en ella se cantaba, nos recuerda el papel de excepción que la Virgen juega en la economía de la salud y en la aproximación de los hombres a Dios. “Una sola mujer fue la que abrió la puerta de la muerte, y una sola mujer fue el camino por donde nos fue devuelta la vida”. Como consecuencia de la reforma litúrgica posconciliar, la Benedicta ha sufrido una reforma o readaptación. En primer lugar, ya no se hace en latín sino en vasco, y su factura o disposición se asemeja al esquema de la liturgia de la palabra: recitación de Salmos en alabanza de Dios, lecturas de la palabra de Dios, responsorios, cánticos, oración de los fieles y Salve.

* * *

Dice el P. Ventura Echeverría en sus apuntamientos inéditos (escritos en 1800) que los primitivos custodios del Santuario no hicieron demasiado aprecio del canto y de la música. Pero cuando para solemnizar la traslación de la imagen a la nueva capilla (1621) hicieron venir a Arantzazu músicos de diversos sitios, especialmente de Vitoria y Pamplona, los religiosos empezaron a aficionarse a la música y a pensar que el Santuario podía disponer de su propia capilla musical, que serviría para realzar no poco el esplendor de los cultos. Desde entonces la tradición musical ha proseguido invariable. No vamos a hacer aquí ninguna historia de esta capilla. Sólo diremos que en grandes líneas ella ha seguido las vicisitudes de la evolución del gusto en la materia. Según el autor

antes citado, en el siglo XVIII poseía una cantidad de instrumentos que hoy nos parece inverosímil: bajones, flautas, violines, clarines y trompas. Huelga decir que hoy, sin esos adminículos extraños, la música y el canto al servicio del culto divino siguen como siempre florecientes en el Santuario. La basílica cuenta con un magnífico órgano de la casa Amezua. Jon Bagüés ha llevado a cabo la catalogación del antiguo archivo musical de Arantzazu (1).

Para tener el coro surtido de voces blancas, se admitían niños en calidad de cantores. El P. Francisco de Veldarrayn, que en 1770 publicó el “Ceremonial Romano Seraphico de la Santa Provincia de Cantabria” y ostentaba el título de Vicario de Coro Graduado, en estilo un tanto gerundiano nos informa de sí mismo lo que sigue: “Tuve la feliz suerte de ser destinado a esta Santa Casa de Arantzazu en mis primeras niñeces, a tiempo que despuntaban en mi alma los orientales crepúsculos, o luces primeras de la razón, con el designio de servir a esta mi Señora Santísima, y obsequiarla con dulces gorgeos entre sus matutinas Alaudas, y Philomenas dulcisonas en sus alabanzas Marianas, que a todas horas resuenan en las rústicas quebradas, y aberturas de sus peñascos, con celestial armonía. Con el progreso del tiempo, desplegando sus rayos el sol del entendimiento, amaneciome el día claro en virtud de la enseñanza, y doctrina que se me dio: la que con el favor de esta Madre de la eterna Sabiduría, pude acrecentar en alguna suficiencia, así para el gobierno de Choro de esta Comunidad religiosissima, y grave, la qual *diebus ac noctibus non cessat a divinis colloquiis, et oratione*: como también para la digna administración de los Sacramentos, y Ceremonias sagradas, que se deben observar en el Choro, y Altar: habiendo gozado por lo común en todo el Septuagenario de salud perfecta, y recibido cada día con este bien otros muchos, que no es necessario referirlos...”.

(1) BAGUES (JON), **Catálogo del antiguo archivo musical del Santuario de Arantzazu**. Ediciones de la Caja de Ahorros Provincial de Guipúzcoa, 1979.

Capítulo XVI

PREDICADORES DE ARANTZAZU CONTRA LA BRUJERIA

No se ha hecho todavía suficiente luz sobre este capítulo oscuro de nuestro siglo XVII, aunque hay ya aportaciones valiosas de Florencio Idoate, Julio Caro Baroja, etc. En la provincia vasco-francesa de Labort, el siniestro Lancre, investido de plenos poderes por el Rey de Francia, ejecutó una horrible carnicería haciendo morir por el fuego a cantidad de personas acusadas de practicar hechicerías, adorar al diablo, etc. Pronto se extendió el rumor de que también en la parte española del país, singularmente en las montañas de Navarra, existía el mismo mal. El rey Felipe III escribió desde Lerma al Provincial de Cantabria en 1610 diciéndole que, según ha sido informado por la Inquisición de Logroño, *la brujería va creciendo en las montañas de Navarra y otras circunvecinas*; y le encargó que para atajar el peligro despachase para los sitios afectados del mal a varios Padres doctos y de vida ejemplar que prediquen la santa fe en esas partes a fin de que “los tocados de esta mala secta se aparten de ella”. El Provincial designó a los siguientes Padres de Arantzazu: Fr. Martín de Ocáriz, Fr. Juan de Cigarroa, Fr. Pedro de Aguirre Arostegui y Fr. Domingo de Sardo, todos ellos predicadores. Dichos Padres se dirigieron primeramente a Logroño a recibir instrucciones del Santo Oficio, y después pasaron a Pamplona a prestar obediencia al Obispo. Luego se repartieron cada uno por su parcela encomendada. Al P. Ocáriz le cupo el valle de Araquil y Burunda, y la hermandad de Asparrena (Alava); a Juan de Cigarroa la montaña de Baztán; a Fr. Domingo de Sardo las cinco villas. Del otro, de Fr. Pedro de Aguirre, la crónica de Gamarra no nos informa a dónde se dirigió.

La misión tuvo un éxito completo, que los misioneros atribuyeron a la Virgen de Arantzazu. Los niños y niñas que en el aquelarre tenían (según dice Gamarra) el oficio de guardar los sapos, afirmaban que la Virgen de Arantzazu se les aparecía y les decía: “Ene seme alaba chipi laztanchoac, oficio citalori euci eguiçu: biurtu zaitetz Jaungoico poderosoagana christau onac becela, sinesten decula Jesu Christo Criadore Redentof[re]jagan, eta aren fede santa chatolican,

Eleiza Ama Santuac sinisten aguincen dituan moduan”. Que quiere decir: Hijitos míos queridos: Dejad ese oficio asqueroso, convertíos a Dios poderoso como buenos cristianos, creyendo en Jesucristo Criador Redentor y en su santa fe católica, como la Santa Madre Iglesia manda creer. Este texto, que trae la historia de 1648, ha sido incluido por L. Michelena en su libro “Textos Arcaicos Vascos”.

El señor Inquisidor Alonso de Becerra escribió al P. Juan de Solaguren, Guardián de Arantzazu, una carta fechada en Logroño en 1611, dándole las gracias por la predicación de dichos religiosos y reconociendo los grandes favores que por la imagen de Arantzazu hace “nuestro Señor a toda esta tierra”.

* * *

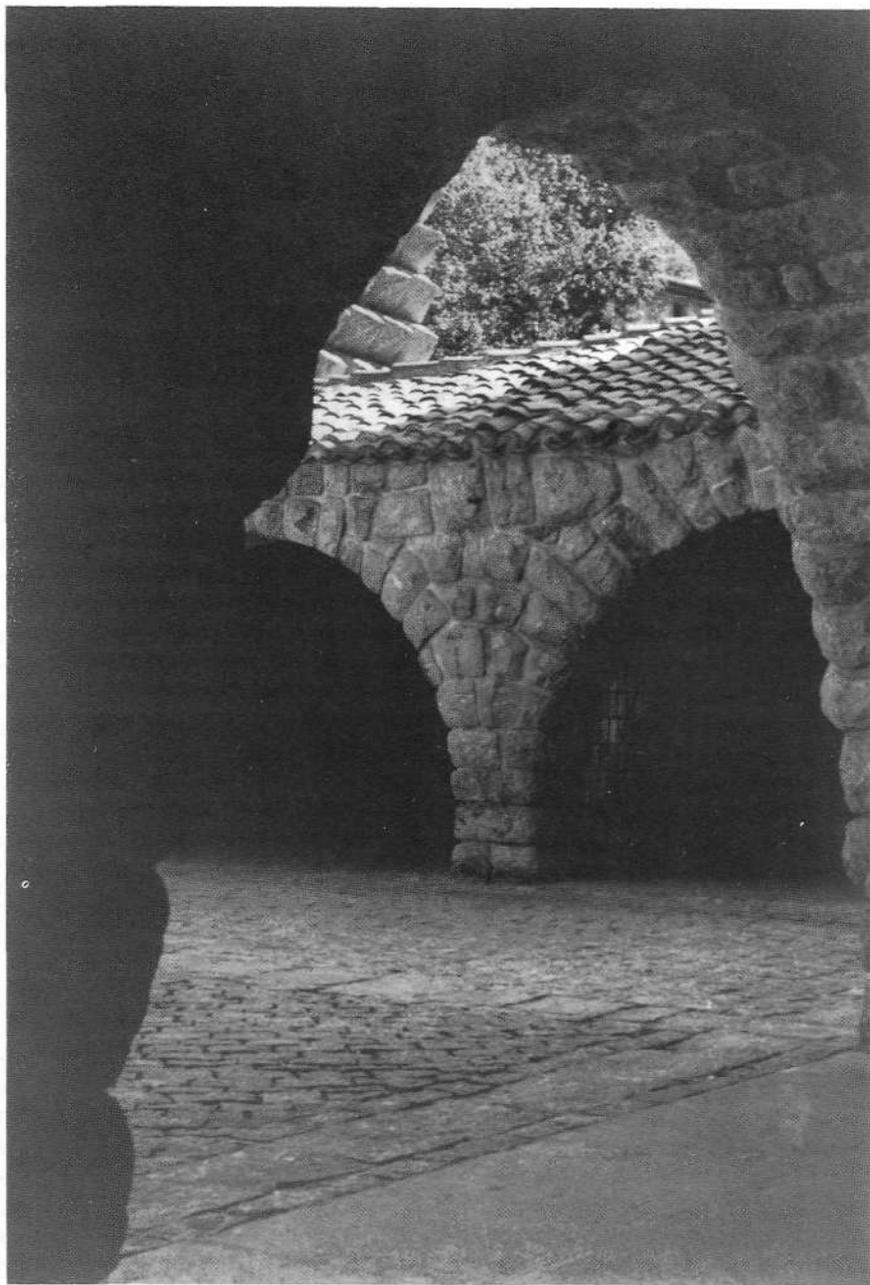
Capítulo XVII

PEREGRINOS Y DEVOTOS INSIGNES

El primero y más insigne de todos es sin duda San Ignacio de Loyola. Sobre su venida y estancia en Arantzazu durante una noche (pasada en vela en el cuerpo de esta iglesia) no hay duda, pues lo afirma él mismo en una carta escrita desde Roma a S. Francisco de Borja con ocasión del primer incendio de Arantzazu. Otra cosa es sobre las circunstancias: fecha exacta, itinerario seguido y demás detalles. A los cronistas de Arantzazu del siglo XVII parece haberseles pasado por alto la visita del más ilustre peregrino de Arantzazu; no así al avispado Ventura Echeverría, que en sus apuntamientos de 1800 ya la menciona. Esta visita debió de tener lugar a principios de 1522 cuando recién convertido el Santo y restablecido de su enfermedad, salió de Loyola y se dirigió a Montserrat, despidiéndose en el trayecto del duque de Nájera. De Loyola parece que vino directamente a Arantzazu, pasando por Vergara, donde tenía parientes. De Arantzazu, por la calzada de Calahorra, pasaría a Nájera y Navarrete, continuando luego el viaje a Montserrat. El P. Iriarte, S.I., supone que fue en Arantzazu donde S. Ignacio hizo su voto de perpetua castidad. Por lo demás, el P. Luis González, S.I., biógrafo contemporáneo del Santo, refiere ya esta visita a Arantzazu.

* * *

Otra visita de la que las crónicas antiguas del Santuario no guardan memoria es la de Garibay, el historiador mondragonés a quien tanto debe Arantzazu. Sabemos de ella porque él mismo la cuenta en sus Memorias publicadas en 1854 por la Academia de la Historia. Garibay, para imprimir su monumental obra histórica, se dirigió a Flandes, atravesando toda Francia y pasando muchos peligros, pues las guerras de religión assolaban entonces el vecino país. Una vez impresa la obra en Amberes en casa de Plantino, y antes de iniciar el viaje de regreso, hizo voto de que si volvía sano y salvo, visitaría el monasterio de Arantzazu antes incluso de entrar en su casa de Mondragón. Y así lo ejecu-



Los arcos junto a la torre.

tó. Llegado a Irún y San Sebastián, se dirigió a Legazpia, de Legazpia a Oñati y de Oñati a Arantzazu. Estuvo aquí el día de la Candelaria de 1572. Noticiosos de ello sus deudos y amigos de Mondragón, vinieron a buscarle a Arantzazu, y acompañado de ellos regresó a su casa el día 3 de febrero, domingo, “estando la gente en vísperas” (dice). (Memorias de Garibay, libro 3º, Título XIX, p. 324).

* * *

El rey Felipe III subió también a Arantzazu el 12 de noviembre de 1615 con ocasión “de los casamientos reales y trueques que se hicieron entre España y Francia”. El y los grandes que le acompañaban aseguraron “que no habían visto puesto más áspero ni edificio más prodigioso en tal puesto”.

* * *

El almirante D. Antonio de Oquendo se distinguió asimismo por las grandes limosnas y dádivas que hizo al monasterio, “atribuyendo siempre sus victorias y buenos sucesos a esta Señora” (Gamarra). Una de estas victorias fue la batalla naval de Pernambuco (Brasil), librada en 1631 con la armada holandesa. En memoria de esta victoria envió al Santuario el estandarte real que traía consigo, una de las banderas ganadas al holandés y una bala de cañón de las que el enemigo disparó a su nave. Aún se conservan en el Santuario la bala y el banderín ganado al holandés. D. Juan Carlos de Guerra, después de un estudio heráldico e histórico, certificó la identidad de este banderín que se guarda hoy en Arantzazu con el que Oquendo mandó al Santuario.

* * *

D. Diego de Butrón, alcalde de Fuenterrabía y alcaide de la plaza, vino también a Arantzazu a dar gracias a la Virgen por la victoria que había obtenido de los franceses, que tenían sitiada la ciudad en 1638.

* * *

También Elcano y Legazpi tuvieron su recuerdo, en sus mandas y legados, para este Santuario, así como la madre del mártir franciscano San Martín de la Ascensión, la cual en su testamento hace constar: “Quiero que de mis bienes se dé... al Monasterio de Nuestra Señora de Arantzazu la pitanza de una misa” (1591).

* * *

Capítulo XVIII

CUNA DE HOMBRES ILUSTRES

El más ilustre ha sido, sin duda, Fr. Juan de Zumárraga, natural de Durango y primer Obispo y Arzobispo de México. Es preciso reconocer que no todos los historiadores están acordes en afirmar que ingresara religioso en Arantzazu; Icazbalceta, por ejemplo, supone que entró ya directamente en Valladolid, y Gonzaga es de la misma opinión. Mendieta, por el contrario, corrigiéndose a sí mismo, en su **Historia Eclesiástica Indiana** de 1596 afirma taxativamente que entró en Arantzazu y después pasó a Valladolid. En su primera **Relación**, de 1585, empero, había sostenido la otra opinión. Este cambio no se explica sino porque, con mejor conocimiento de los hechos, se cercioró de la verdad (1).

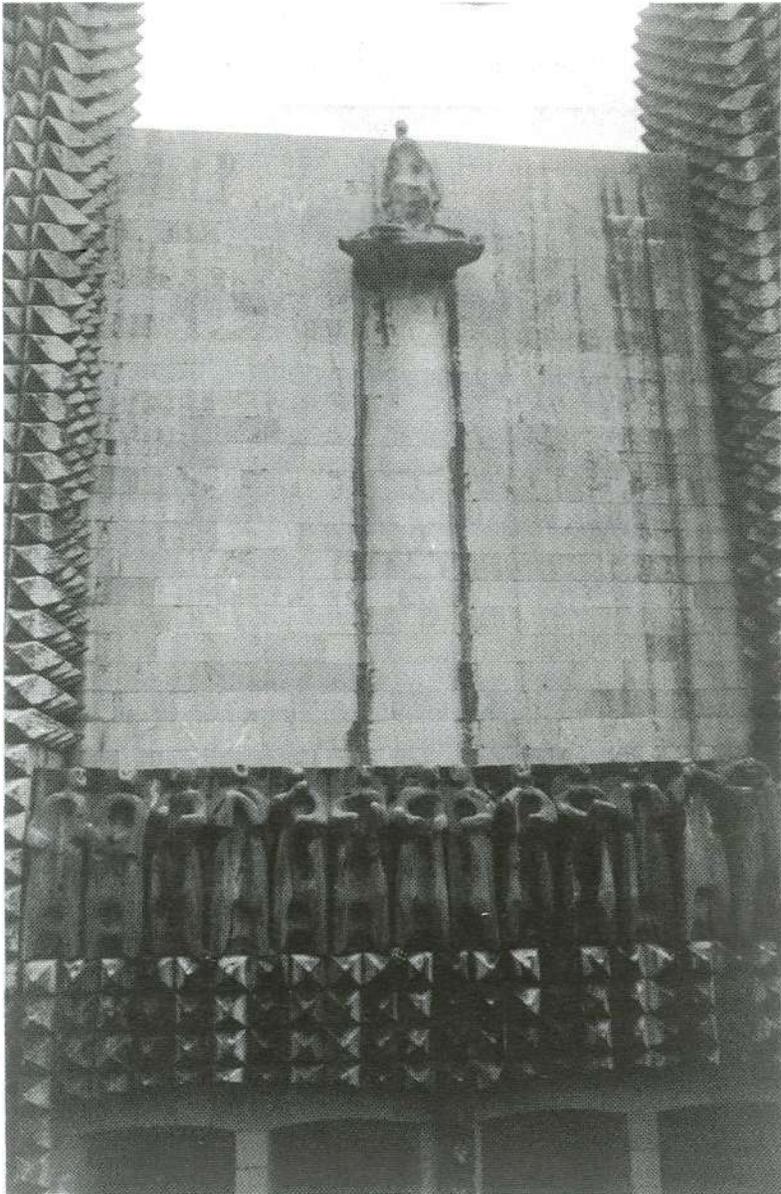
Además, en la actualidad contamos con la edición de las cartas familiares del ilustre Obispo, publicadas por los franciscanos norteamericanos (2).

En ellas se nos habla de ornamentos sagrados que como obsequio envía el ilustre Obispo al convento de Arantzazu y a las beatas de Oñati. (Estas no son otras que las primitivas seroras que guardaron la imagen de la Virgen antes que vinieran al Santuario religiosos varones; dichas seroras o beatas bajaron después a Oñati). Es claro que Fr. Juan de Zumárraga conocía a unos y otras. Si se quiere ajustar la cronología de los hechos con la de la vida de Fr. Juan de Zumárraga hay que concluir que éste ingresó en Arantzazu en aquella década en que hubo ya Franciscanos observantes, o sea, en los primeros años del siglo XVI o tal vez fines del XV, antes de que les sucedieran los Jerónimos y luego los Dominicos. La misma inestabilidad o inseguridad que se advierte en los inicios de Arantzazu pudo ser causa de que Fr. Juan de Zumárraga pasase luego al convento del Abrojo (cerca de Valladolid), de donde le sacaría el Emperador

(1) Véase URIBE (ANGEL), **La Provincia Franciscana de Cantabria**, I, 412 y ss., 1988.

(2) **Zumárraga and his Family. Letters to Vizcaya (1536-1548)**.

Carlos V para que fuera el primer Obispo del Nuevo Mundo. Su talla es muy grande, pero aquí no podemos extendernos más.



La Piedad y el Apostolado, de J. Oteiza.

Dice el P. Ventura Echeverría que los más de los religiosos franciscanos de la porción de Gipuzkoa o se han educado o han vivido o muerto en Arantzazu. El Santuario ejercía en ellos una misteriosa atracción espiritual. Aquí nos limitaremos a citar algunos nombres.

Sea el primero el Rvmo. P. Francisco de Tolosa, que llegó a ser General de toda la Orden Franciscana. Cuando cesó en su alto cargo, se retiró a Arantzazu, y de aquí lo sacó Felipe II para el obispado de Tuy, donde murió. Dejó muy buenos libros para la librería del Santuario. El Ilmo. P. Tolosa fue el que, siendo General, concedió a S. Martín de la Ascensión la licencia para ir de Misionero al Japón. Y secretario del P. Tolosa era a la sazón otro guipuzcoano, el P. Pedro de Amoscótegui, natural de Elgoibar, el cual se retiró al convento de su pueblo natal, pero una vez al año subía a visitar a Ntra. Sra. de Arantzazu.

El hermano lego Fr. Miguel de Espilósín, natural de Sumbilla (Navarra), dejó en el Santuario una larga estela y tradición de santidad, con atribución de milagros y relatos de hechos maravillosos. Floreció en el siglo XVII.

El P. Salvador de Almia, natural de Orio, es célebre porque fue a Palestina en calidad de embajador de Felipe IV ante el Sultán.

Otros partieron de Arantzazu para las Misiones de América y allí se hicieron célebres, como el P. Luzuriaga, autor del "Paraninfo Celeste", primera historia impresa del Santuario, publicada en México; el P. Pedro de Aguirre, que floreció también en México; el P. Juan de Durana, misionero en Perú, que fundó en Lima la Cofradía de la Virgen de Arantzazu.

El P. Francisco de Cerain, natural de Cerain, fue el que restauró el convento después del incendio de 1622. Promovió el voto de defender la creencia en la Inmaculada Concepción.

El P. Francisco Antonio de Palacios (1727-1804), hijo de Oñati y popularísimo Misionero en el país, ingresó también en Arantzazu, y aunque la mayor parte de su vida vivió en el convento de Zarauz, tuvo siempre particular devoción a la Virgen de Arantzazu, a la que acostumbraba visitar cuando tenía proporción.

El P. Manuel Ventura de Echeverría, fallecido en Arantzazu en 1827, natural de Mondragón. Es reconocido como uno de los sujetos más doctos que el Santuario ha albergado. Fue profesor. Hombre de erudición y lectura vastísima, el P. Ventura Echeverría seguía de cerca la evolución de la cultura contemporánea; su estilo es un tanto desenfadado, hace gala de una erudición que a veces resulta impertinente. Mantuvo correspondencia con Vargas Ponce, escribió la biografía del P. Palacios y dejó también una breve noticia del Santuario de

Arantzazu. Tuvo otro hermano, Francisco Antonio, que sin tanta ciencia, ocupó mayores cargos en la Provincia de Cantabria.

El P. Francisco de Veldarrayn, natural de Vergara, a quien antes hemos citado. Publicó el "Ceremonial Romano-Seraphico de la Santa Provincia de Cantabria", que estuvo en vigor durante mucho tiempo.

El P. Juan Antonio de Ubillos (1707-1789), natural de Amasa-Villabona, que publicó tres tomos de Filosofía escotista y la traducción vasca del Catecismo Histórico de Fleury aparecida en 1785 con el título "Christau doctriñ berri ecarlea".

El célebre misionero de Marruecos y sabio arabista, natural de Orio, Fr. José Lerchundi, se educó también en Arantzazu en la preceptoría del P. Albéniz. Lo mismo que el sabio jesuita P. José Ignacio de Arana. Y en fin, el conocido autor de tantas traducciones vascas, Gregorio Arrue (1811-1890) fue también novicio en Arantzazu.

* * *

Capítulo XIX

“ILUSTRE Y NOBILÍSIMA COFRADIA DE NOBLES DE NTRA. SEÑORA DE ARANZAZU”

A propósito de la vieja calzada que abrieron de mancomún mondragoneses y oñatiarras, vimos que Garibay hacía mención de la Cofradía.

Hoy, cuando oímos la palabra Cofradía, fácilmente nos imaginamos la idea de una asociación puramente piadosa, pero es sabido que las cofradías de antaño no eran precisamente eso, sino unos gremios o hermandades en que se aunaban hombres con idénticas necesidades y aspiraciones a fin de encontrar en la unión la ayuda para su insuficiencia individual. Eso sí, la cofradía era puesta invariablemente bajo la advocación de un santo protector en cuyo honor se celebraba algún acto anual, junta, comida, etc. Y ocurrió con frecuencia que, andando el tiempo y evolucionando las circunstancias que dieron su primitivo origen y sentido a la cofradía, vino ésta a convertirse en lo que hoy sugiere la palabra, en una asociación puramente piadosa con fines y sentido también exclusivamente religiosos.

Los orígenes y carácter de la primitiva cofradía de Ntra. Sra. de Arantzazu son un poco oscuros y borrosos. Garibay, que nos da sus primeras noticias, dice que al principio estuvo formada por vecinos de Oñati y de Mondragón. Y a dichos cofrades de los dos pueblos atribuye la proeza de abrir la primitiva calzada o camino hasta Arantzazu. Pero después esta cofradía de las dos villas se deshizo “considerando —dice— que con el tiempo podrían de la congregación de gentes de dos pueblos nacer cuestiones y diferencias”, y así la cofradía vino a quedar reducida a sólo Oñati. Estos cofrades de solo Oñati —prosigue informando Garibay— por los años de 1491 acordaron “traer de su Santidad muchos perdones y indulgencias para los que a esta sancta casa de Arantzazu visitasen y hiciesen limosnas”. Garibay nos ha conservado incluso los nombres de algunos de estos primitivos cofrades que otorgaron su poder ante escribano público.

La evolución ulterior de la cofradía, radicada ya sólo en Oñati, su genuino sentido e intención, no está del todo clara. El P. Lizarralde ha tratado de desentrañarlo, suponiendo que en ella se agrupaban las fuerzas y partidos de Oñati que, aunque hostiles entre sí, coincidían no obstante en oponerse al dominio y pretensiones de los Señores Condes de Guevara sobre la villa. Por esto estaban excluidos de la citada Cofradía tanto el Conde como todos sus paniaguados y renteros. La Cofradía se tituló con el pomposo nombre de "Ilustre y nobilísima Cofradía de nobles de Ntra. Sra. de Arantzazu". Los cofrades hacían un banquete anual en el convento y a continuación nombraban los mayordomos para el año siguiente. Esta junta anual se tenía primitivamente el día de la Asunción de Nuestra Señora, que en los primeros tiempos del Santuario era el día de mayor solemnidad y de más concurso de gentes en Arantzazu, como dice Garibay; después se trasladó al domingo infraoctavo de esta fiesta.

El incendio de 1834 y la exclaustación subsiguiente de los religiosos marca el final y extinción de esta antigua y gloriosa Cofradía.

* * *

También en Ultramar los oriundos de las provincias vascongadas y Navarra erigieron célebres cofradías de Ntra. Sra. de Arantzazú (con acentuación aguda). Una de las más importantes fue la establecida en el siglo XVII en la ciudad de México. Esta cofradía poseía su capilla de la Virgen de Arantzazu en el convento de San Francisco de dicha ciudad. Obra de esta hermandad fue la erección del colegio de "las vizcaínas" para educación y dotación de niñas pobres. Cofradías similares existieron en otros puntos, como Lima y Manila.

En nuestros días ha sido restablecida la Cofradía de la Virgen de Arantzazu, rigiéndose por los estatutos que fueron aprobados en 1917 por el obispado de Vitoria. Su fin es fomentar y propagar la devoción a Ntra. Sra. de Arantzazu.

* * *

Capítulo XX

EXTENSION DE LA DEVOCION A LA VIRGEN DE ARANTZAZU

Es un hecho que el influjo del Santuario de Arantzazu y la devoción a su Virgen no se encierra dentro de los límites de Gipuzkoa. Quien bucea un poco en los sentimientos religiosos de las generaciones viejas en cualquier región del país topa pronto con el nombre de Arantzazu.

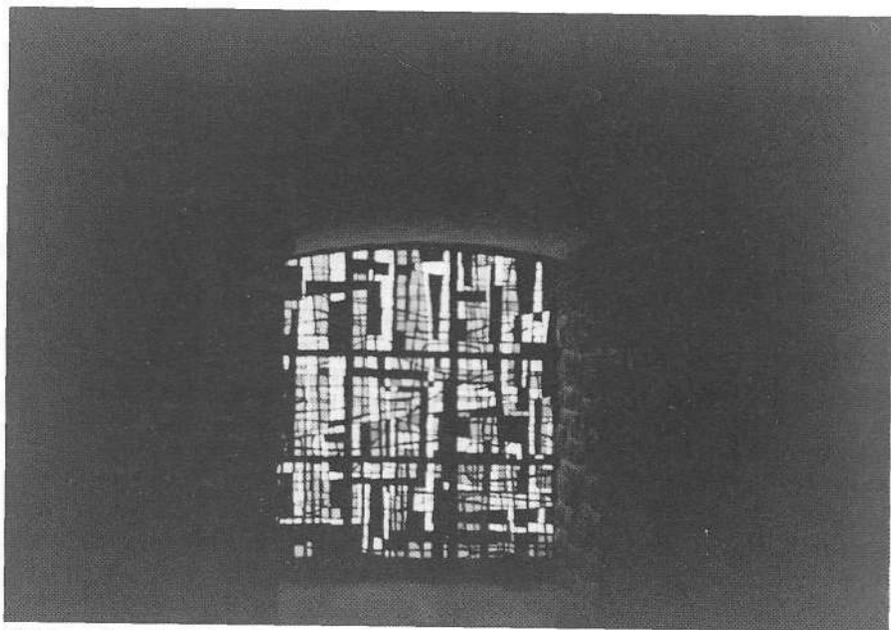
Una de las pruebas más palmarias de esta extensión que alcanzó la devoción a Arantzazu es la existencia de un romancero popular vasco en torno a la Virgen y al Santuario de este nombre; poesía humildísima, de carácter oral, expresada en las más distintas variedades dialectales del euskera. Algunos trozos de este romancero fueron recogidos por Azkue y pueden verse en su *Cancionero Popular Vasco*, aunque el ilustre fundador de la Academia de la Lengua Vasca no acertara siempre a desentrañar el sentido de estos fragmentos enigmáticos que él recogía de boca de personas ancianas, las cuales los repetían a su vez un poco mecánicamente como fórmulas recibidas de sus mayores. Pero ha sido el P. Lizarralde el primero en percatarse de la importancia de este romancero. Gracias a sus cuidados, los trozos de esta poesía popular-oral en torno a Arantzazu fueron recogidos en el último momento en que ello iba a ser posible. La recogida atestigua, como decimos, la existencia de este romancero en zonas vascas bien alejadas de Gipuzkoa, singularmente en Navarra y Vizcaya. Y aun en zonas del país en que se ha perdido el vascuence, el nombre de Arantzazu y la devoción a su Santuario ha sido un legado que hasta nuestros días ha conservado la generación adulta. Falta aún desgraciadamente una edición fiel de estos romances populares y un estudio crítico de los mismos.

De todos modos, Gipuzkoa ha sido sin duda la región vasca donde más arraigo e intensidad ha alcanzado la devoción a la Virgen de Arantzazu. Dentro de Gipuzkoa, y sin quitar nada a otras zonas, tal vez sea el Valle de Léniz el que de manera más viva acusa la presencia de esta devoción. Así lo atestiguaba Fr.

Ramón Leceta, un hermano lego, que durante cincuenta años recorrió toda Gipuzkoa, pidiendo limosna para el Santuario. Los romeros de Léniz tienen su camino tradicional para venir a Arantzazu, trasponiendo el alto de Urréjola, descendiendo hasta Jaturabe y subiendo luego a Arricruz y Guesalza.

Garibay decía en su tiempo que los "mareantes", o sea, marineros, era la clase de gente más señalada en la devoción a la Virgen de Arantzazu. Uno de los milagros de la Virgen que el P. Gamarra cuenta en su Historia es el sucedido en 1567 a favor de unos marineros que viniendo de Terranova cayeron cautivos de los luteranos. Capitán y dueño del navío era Pierres Vocal, natural de Ciboure, junto a San Juan de Luz. El piloto era Domingo de Olavarrieta, el despensero Juan de Olascoaga, natural de Aya. La liberación de estos marineros por la Virgen de Arantzazu estuvo pintada en un lienzo del claustro "hasta la última quema del convento" dice Gamarra, o sea, hasta el segundo incendio.

Otro de los lienzos que estuvo pintado hasta la misma quema representaba el socorro prestado a una muchacha de la "anteiglesia de San Pedro de Deustua (sic) junto a la villa de Vilbao", llamada Francisca de Gorrio, que estando co-



Vidriera, obra de Javier Alvarez de Eulate, artista franciscano.

giendo fruta sobre un ciruelo, cayó sobre una cerradura de estacas, metiéndose una de ellas por el costado. Hizo voto que si sanaba, vendría en romería a visitar esta santa imagen, como lo hizo en efecto. Este hecho trae Gamarra como sucedido en 1560.

Como dice el P. Ventura Echeverría, la devoción a la Virgen de Arantzazu la han llevado los vascongados a todos los lugares adonde han emigrado, erigiendo en su honor capillas, altares, iglesias, etc. Anteriormente hemos hablado de la capilla erigida por los vasco-franceses en Ainhoa. Y el P. Gamarra ya en su tiempo sabía de otras capillas erigidas en diversos lugares de Ultramar, como Potosí, Lima; y dentro de España cita un altar de la catedral de Guadix y otro que había en la villa de Alegría en Gipuzkoa.

En el archivo del convento de Arantzazu existen numerosos datos—incompletos sin duda— sobre el culto a la Virgen de Arantzazu en diversas partes de España y sobre todo de Ultramar: iglesias que llevan esta advocación, capillas, altares, naves que llevan o llevaron su nombre, etc. Estos vestigios se encuentran diseminados en la mayor parte de las Repúblicas hispanoamericanas: México, Argentina, Perú, Colombia, Bolivia, Venezuela, Guatemala, Cuba, Filipinas... Aun en la lejana China, los franciscanos cántabros erigieron en nuestro mismo siglo (1932) una iglesia con la advocación de Ntra. Señora de Arantzazu, en la ciudad de Kankui (Misión de Yenánfú, Shensi septentrional).

En nuestros días se ha extendido bastante la costumbre de imponer como nombre de pila el de María Arantzazu. En 1956 se celebró una simpática peregrinación de las Arantxas al Santuario, sumando 400 las que vinieron.

Entre las máquinas del Talgo también hay una que ostenta el nombre “Virgen de Arantzazu”.

Recientemente se han levantado en Gipuzkoa dos iglesias nuevas, que llevan la advocación de la patrona provincial: la de Ventas de Irún (parroquia) y la de Cizúrquil.

* * *

Capítulo XXI

LA VIRGEN DE ARANTZAZU EN LA LITERATURA

La poetisa mejicana Sor Juana Inés de la Cruz, de origen vasco, nacida en 1651, tiene unos conocidos versos en que intercala frases vascas y cita a Arantzazu. Sin duda había aprendido de sus padres la devoción al Santuario. Pueden verse estos versos en “Textos Arcaicos Vascos” de L. Michelena.

El P. José de Arlegui, natural de Laguardia (Alava) y Provincial que fue de Zacatecas, publicó en México en 1719 “Elogios de Nuestra Señora de Arantzazu”.

D. Juan Mañé y Flaquer se refiere a nuestro Santuario en su obra “El Oasis. Viaje al país de los fueros”, Barcelona 1878; t. II, cap. XX.

S. Manteli escribió “Arantzazu. Leyenda escrita sobre tradiciones vascongadas”, Vitoria 1872.

D. Manuel Polo y Peyrolón tiene “Balzátegui y Datúxtegui” (Novelas selectas de D. Manuel Polo y Peyrolón), t. III, Barcelona 1922.

José M^a Salaverría es autor de la novela “La Virgen de Arantzazu”, Madrid 1909.

Naturalmente, no todos los que han subido a Arantzazu han venido aquí en calidad de peregrinos ni han mirado el Santuario con ojos de fiel creyente, como puede advertirse al hojear alguno de estos libros.

En la literatura en lengua vasca es más fácilmente apreciable la huella de Arantzazu. Más arriba hemos mencionado el romancero popular existente en torno a nuestra Virgen y que se ha podido recoger fragmentariamente de boca de ancianos y ancianas de la última generación. Los bertsolaris han cantado

también con singular predilección el tema de la Virgen de Arantzazu, como se desprende de numerosos *bertso-paperas* que obran en el archivo de Arantzazu. Pello Errota, el bertsolari de Asteasu, vino varias veces en peregrinación y cantó las incidencias de su viaje en versos que ha publicado el P. Zavala en "Auspoa". Ramos Azcárate, Rosario Artola y muchos otros bardos anónimos han tejido versos en honor de la Virgen aparecida al pastor sobre un espino.

Francisque-Michel en "Le Pays Basque", p. 150, da cuenta de un folleto de 64 estrofas sobre los milagros de la Virgen de Arantzazu, publicado en 1778. Su autor es un cura labortano anónimo. Vinson trae el título de este folleto: "Arantzazu Misterioa" (Vinson, t. 2º, p. 587).

En tiempos más recientes tenemos la ópera de Zapirain "Chanton Piperri", la novela de Azkue "Ardi Galdua" y la de Domingo Aguirre "Garoa". Sabido es que esta afamada novela tiene por escenario el barrio de Uribarri, de donde era el pastor Rodrigo de Balzátegui.

En 1949 el P. Salvador Michelena publicó su gran poema "Arantzazu. Euskal Sinismenaren Poema" (Arantzazu o el Poema de la Fe Vasca), en versos hechos para ser cantados con melodías populares y a base de motivos históricos y legendarios en torno al Santuario.

Finalmenté en 1961 el P. Victoriano Gandiaga, religioso del Santuario, ha publicado otro poema, "Elorri" (Espino), que ha sido muy bien enjuiciado por la crítica y cuenta ya con una traducción al castellano, muy bien hecha por el P. Pedro de Anasagasti. Es un poema eminentemente lírico, un conjunto de estados de alma, que nos descubren el drama de la existencia humana, que el poeta ve simbolizado en el espino, que tanto se da en los breñales de Arantzazu. También en obras posteriores del poeta está muy presente Arantzazu.

* * *

Entre los literatos y escritores que vinieron a Arantzazu y han relatado las impresiones de su viaje, debemos citar a Miguel de Unamuno ("Por tierras de Portugal y España"), Armando Palacio Valdés ("Papeles del Doctor Angélico"), Camino Nessi, etc.

Al terminar este ceñido resumen, ofrecemos al lector el relato que de su viaje a Arantzazu escribió Palacio Valdés. Ignoramos la fecha exacta en que el novelista asturiano subió a Arantzazu. De todos modos, es anterior a 1911.

* * *

THEOTOCOS

Fue una criadita guipuzcoana quien me sugirió la idea de visitar el santuario de la Virgen de Arantzazu. Había nacido en sus cercanías, y en su infancia aparentó un rebaño de ovejas en aquellos montes. Cuando nos daba cuenta de su vida monótona, inocente, al pie de la mole que guarda la milagrosa imagen, su palabra sonaba dulce, intermitente, como las esquilas del ganado, me traía a la imaginación el amable sosiego y los aromas de la montaña.

— ¿Nunca se te apareció la Virgen en alguna gruta, como a Bernadette de Lourdes?—, le pregunté yo con sonrisa de burla.

— ¡Oh, no!... La Virgen a mí no me quiere... Mala que soy—, respondía ruborizándose.

¡Vaya si la quería! No tardó mucho tiempo en arrastrarla a un convento y hacerla fiel servidora de sus altares.

— Si alguna vez voy a tu país, te prometo visitar el santuario de Arantzazu y rezar una salve delante de la Virgen.

— ¡Oh, señor!... Hágalo, hágalo...—, exclamó con los ojos brillantes de alegría. —¡Quién sabe! Usted verá algún milagro.

— Soy viejo para ver milagros—, respondí con poca delicadeza.

— La Virgen es madre de todos—, replicó alzando con gravedad los ojos al cielo.

Pasaron algunos años. La casualidad me llevó un día a las montañas de Guipuzkoa, y en ellas me asaltó el recuerdo de la monjita guipuzcoana que había sido mi criada, y de la promesa que le había hecho. Amigo tanto como Rousseau de los campos y de las excursiones a pie, resolví ir a Arantzazu, no por la carretera, sino por trochas y senderos al través de los montes. Cuando salí de

Mondragón, al poco de almorzar, me hallaba en un estado de sobreexcitación sobre mi ser normal. Lo que pensaba, pensábalo con sorprendente claridad; lo que sentía, penetraba en mi corazón con fuerza avasalladora. Entre cada una de las horas de nuestra vida —dice Emerson— hay una diferencia de autoridad y de efecto subsiguiente. Nuestra fe nos ilumina por intervalos; nuestro vicio es habitual: sin embargo, hay en estos breves momentos tal profundidad, que nos vemos forzados a atribuirles más realidad que a todas las otras experiencias.

Estaba en una de esas horas de intensa iluminación. Fatigado de tanto y tanto voltear en los abismos de la metafísica, mi alma se inclinaba hacia la fe de Cristo. El Evangelio me aparecía como una nueva luz; los vulgares argumentos de la incredulidad antojábanseme tristes y ridículos; por milagro y favor de la Providencia en plena madurez de juicio, cuando más sano me encontraba de cuerpo y de alma, volvía a creer como un niño.

Vigoroso y alegre, pues, como jamás lo estuviera, marchaba flanqueando las verdes cañadas que los montes formaban, procurando ganar altura. Cuando tropezaba con un campesino, le preguntaba para cerciorarme del camino. El camino era largo, pero la tarde lo era también. Fiaba en mis piernas, y tenía seguridad de llegar al santuario antes del crepúsculo.

¡Cómo se reirían mis amigos del Ateneo —iba pensando— si ahora me viesen caminando como un peregrino para rezar una salve a la Virgen de Arantzazu! Podría responderles que Descartes, el padre de la moderna filosofía, hizo una peregrinación al santuario de Nuestra Señora de la Saleta, como acción de gracias, cuando terminó una de sus obras. Pero no: no les respondería nada. Cuando somos felices, nos parecen locos los que argumentan contra nuestra felicidad. Yo era feliz creyendo en la Virgen María.

¿Por qué asombrarse? —exclamaba en mis adentros—. ¿No ha dicho Goethe, con aplauso de todos, que el *eterno* femenino nos atrae al cielo? Pues el catolicismo cristiano había expresado ya esto mismo, enseñándonos que la Virgen María nos conduce a Dios. El eterno femenino, que es la esencia de la pureza y la humildad, se halla en el corazón de la Santa Virgen elegida por Dios para madre del Verbo, y cuantas mujeres hay en el mundo puras y humildes, llevan en su pecho un pedazo del corazón de María. Si Cristo es el alma de la religión, María es el perfume, es la perpetua revelación de una verdad que ha flotado siempre en el espíritu humano, a saber: que, en el Universo, la suprema piedad se identifica con la suprema justicia.

Así marchaba distraído, envuelto en una nube de pensamientos suaves. Poco a poco, los caseríos iban haciéndose más raros: caminaba ya en plena montaña, y no encontraba más seres vivientes que los pájaros. Mi dulce monólogo proseguía. Me sentí cansado al fin, y me dejé caer sobre el césped. La ola de mis pensamientos piadosos crecía, me inundaba de dicha...

Me levanto después, marcho algunos minutos, y me doy cuenta de que he perdido el camino, que no sé a dónde dirigirme. La tarde declinaba velozmente, y si la noche me sorprendía en aquellos parajes, corría riesgo de no reposar en lecho blando. Qué importa —me dije sin la menor inquietud—, la Virgen me acompaña. Por Ella dormiré con placer a la intemperie.

Y, más alegre todavía que antes, prosigo mi marcha al través de la montaña. Al doblar un pequeño repecho, vi una zagalita de catorce a quince años que se ocupaba en cortar ramaje para cama de ganado.

— Niña —le dije acercándome—, ¿cuál es el camino de Aranzazu?

Alzó sus ojos serenos y comenzó a hablarme en vascuence.

— No entiendo, no entiendo tu lenguaje.

De nuevo me habló en vascuence.

— No entiendo. Voy a Aranzazu.

— Ah! Bay, bay... Aranzazu.

Y cerrando su navajita y guardándola en la faltriquera, me hizo seña de que la siguiera.

Me emparejé con ella, y me puse a mirarla con curiosidad. Su perfil era de una pureza virginal, como muchas veces suele verse en las imágenes pintadas o esculpidas, aunque pocas en la realidad; llevaba un pañolito azul ciñendo al estilo vizcaíno sus cabellos rubios; camisa de lienzo tosco, y sobre ella, tapándole el pecho y la espalda, otro pañuelo de colores: la falda corta y los pies desnudos...

Después de media hora de marcha, la zagala se apartó bruscamente de mí, subió un poco más arriba por la ladera, y extendiendo su brazo hacia una cruz que se divisaba a lo lejos, dijo solamente:

— Aranzazu.

Me encaminé hacia el santuario embargado por viva y extraña emoción, que estaba a punto de rendirme y hacer caer al suelo. Mis labios murmuraban:

— ¡Salve, Estrella de la mañana! ¡Salve, Madre Inmaculada!



Primer plano del perfil de la imagen.

NOTA BIBLIOGRAFICA

I. Fuentes manuscritas

1. Fr. Manuel Ventura de Echeverría, "Breve Noticia del Santuario y Convento de Aránzazu". Escrita en 1800. No pasa de ser un borrador o apuntamientos bastante incompletos.
2. D. Manuel Arcaya, "Historia de la prodigiosa imagen de María Santísima bajo la advocación de Ntra. Sra. de Aránzazu". Escrita en 1851. Trae un relato circunstanciado del incendio de 1834.

II. Fuentes impresas

3. Esteban de Garibay, "Compendio Historial", Amberes, 1571. Libro XVII, cap. XXV.
4. Gonzaga, "De origine seraphicae religionis", Roma, 1587.
5. Wadding, "Annales Minorum", tom. XV, ad annum 1501.
6. Ayllón (Juan de), "Relación de la grandiosa fiesta que se hizo en este convento de N.P.S. Francisco de Jesús de Lima. A la colocación de la milagrosa imagen de N. Señora de Aranzazu, que a expensas de Juan de Urrutia, poderoso amante de la Virgen, se truxo de España", Lima 1647. Este opúsculo en su capítulo 1º trae una interesante descripción de Aranzazu: origen, fauna, flora, paisaje, etc., que delata la presencia de un informador de primera mano, que seguramente fue el P. Juan de Durana.
7. Gamarra. Historia de Aránzazu, escrita en 1648 por un testigo del incendio de 1622. Aparece como anónima. El P. Lizarralde la atribuye a Fr. Gaspar de Gamarra, basándose en una referencia del P. Luzuriaga. Se publicó por pri-

mera vez en la revista del Seminario de Vitoria, **Scriptorium Victoriense** (1965), 74-173; y como aparte.

8. Fr. Juan de Luzuriaga, "Paranyño Celeste. Historia de la mystica zarza, milagrosa imagen y prodigioso Santuario de Aránzazu", México 1686. Existen otras dos ediciones, hechas poco después, una en Madrid y otra en S. Sebastián.
9. Tellechea Idígoras (J. Ignacio). "Arte en el antiguo Aránzazu del siglo XVIII. Correspondencia entre Vargas Ponce y Fr. Manuel Ventura de Echeverría O.F.M.", San Sebastián-Donostia, 1987.

III. Otras obras históricas, literarias, etc. sobre Aránzazu

10. D. Julián de Pastor y Rodríguez, "Historia de la imagen y Santuario de Ntra. Sra. de Aránzazu", Madrid, 1980.
11. Fr. Adrián de Lizarralde, "Historia de la Virgen y del Santuario de Aránzazu", Aránzazu 1950.
12. Fr. Pedro de Anasagasti, "Aránzazu. Historia-Paisaje-Tradición", Bilbao, 1955 (Existe traducción francesa).
13. Fr. Pedro de Anasagasti, "Aránzazu, milagro de piedad y de paisaje", Pamplona, 1961.
14. Ignacio Zumalde, "La Virgen de Aránzazu en exilio", en **Ensayos de Historia local vasca**, Colección Auñamendi, 1964.
15. "Arantzazu": Album profusamente ilustrado a todo color sobre el paisaje, la basílica y su entorno, arte, pintura, etc. con letra de J. Garrido OFM. Existe doble edición, castellana y euskérica. La traducción o adaptación vasca es de Gandiaga. Editado en 1987.

IV. En lengua vasca

16. Juan Carlos Guerra, "Ama Birjiña Arantzazukoaren Kondaira", San Sebastián, 1890.
17. Pedro Luis Zaloña, "Arantzazuko Ama Birjiñaren Kondaira ta bederatzi-urrena", Bilbao, 1903.

18. Salvatore Mitxelena, "Ama-Semeak Arantzazuko Kondairan", Zarautz 1951.
19. Aita Demetrio Garmendia (Antzi), "Arantzazu", 1969.

V. Sobre folklore, lengua y pequeña historia de la zona

20. Victoriano Gandiaga, "Arantzazuko folklore-gaien biltzeaz", en **Euskera**, revista de la Academia de la Lengua Vasca, 1956.
21. Cándido Izaguirre O.F.M. "El Vocabulario Vasco de Arantzazu-Oñate y zonas colindantes", 1967. Aparecido en el **Anuario** del Seminario de Filología Vasca Julio de Urquijo, y como aparte.
22. J.I. Lasa, "Tejiendo Historia. Contribución a la pequeña historia de Guipúzcoa", Caja de Ahorros Municipal de San Sebastián, 1977.
23. Graziano Anduaga-Villasante, "Aitonaren Uzta", Kuliska Sorta Zarautz, 1961.